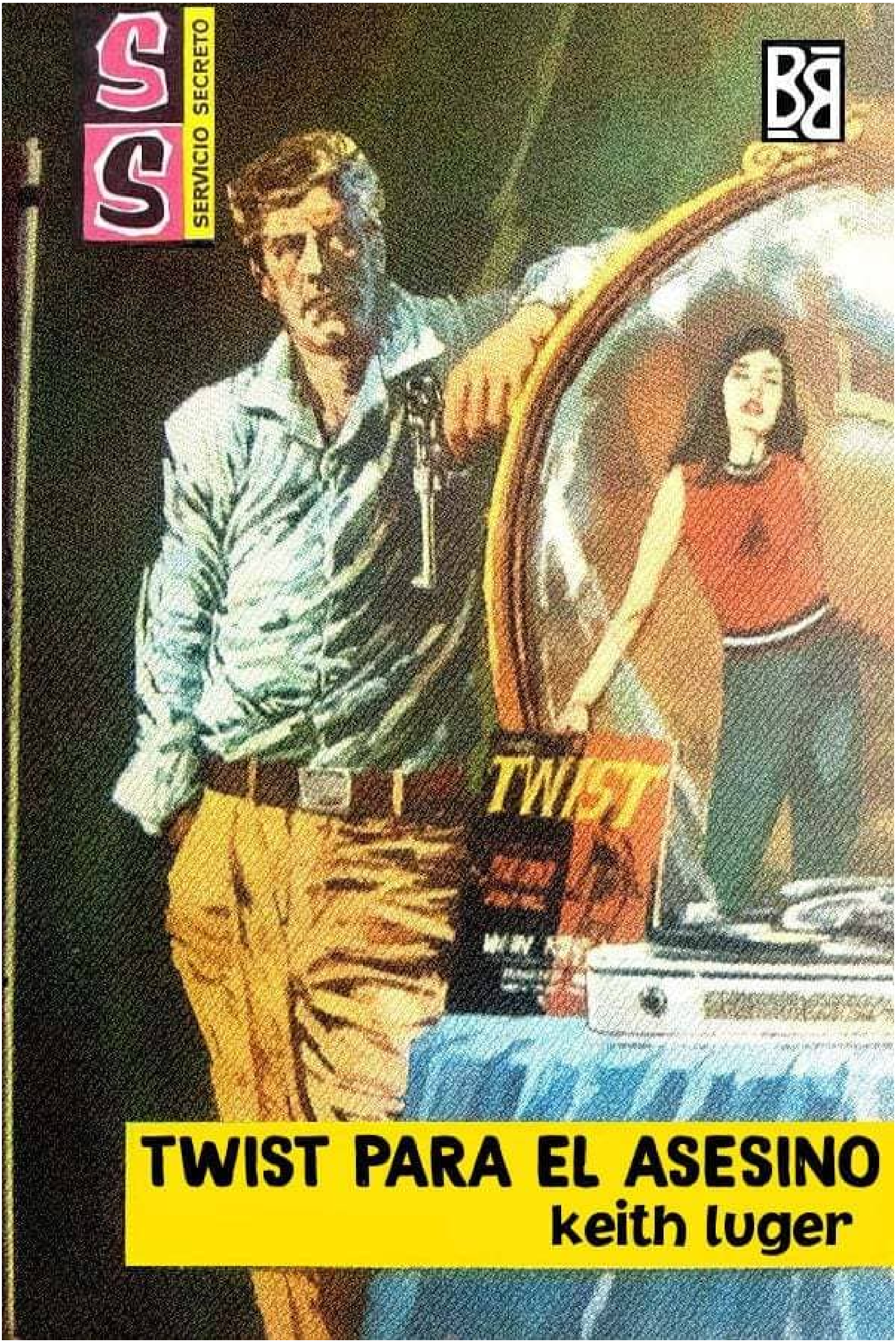

SS
SERVICIO SECRETO
TWIST
TWIST PARA EL ASESINO
keith luger

—Me puse en camino en cuanto llegó tu telegrama —dijo Jim Crowley.

—Es lo que esperaba de ti —contestó Ronald Madden.

—Faltó poco para que mi coche volcase en el trayecto al aeropuerto.

Ronald Madden no dijo nada a eso. Estaba mirando por la ventana, hacia fuera.

Jim Crowley se llegó junto a él y miró en la misma dirección.

En el trampolín de la piscina, vio a una rubia de figura maravillosa. Se cubría con un bañador que imitaba la piel de leopardo…

—Bonita chica, Ronald. ¿De dónde la sacaste?

—Es mi mujer.

Keith Luger

Twist para el asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 693

ePub r1.0

LDS 24.10.17

Título original: *Twist para el asesino*
Keith Luger, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

CAPÍTULO PRIMERO

—Me puse en camino en cuanto llegó tu telegrama —dijo Jim Crowley.

—Es lo que esperaba de ti —contestó Ronald Madden.

—Faltó poco para que mi coche volcase en el trayecto al aeropuerto.

Ronald Madden no dijo nada a eso. Estaba mirando por la ventana, hacia fuera.

Jim Crowley se llegó junto a él y miró en la misma dirección.

En el trampolín de la piscina, vio a una rubia de figura maravillosa. Se cubría con un bañador que imitaba la piel de leopardo…

—Bonita chica, Ronald. ¿De dónde la sacaste?

—Es mi mujer.

Crowley encanutó los labios.

—¡Caramba! No sabía que te hubieses casado.

La rubia se puso de puntillas en el trampolín, alzó los brazos en el aire y saltó.

La zambullida resultó perfecta. Entonces Ronald se volvió sonriendo.

—Celebro que te guste, Jim.

Los dos hombres que se habían reunido en la habitación, frisaban en la misma edad: alrededor de los treinta y cinco años. Ronald Madden era de mediana estatura, moreno, rostro bien parecido, bigote recortado. En sus sienes aparecían algunas hebras de plata. Vestía un traje gris bien cortado, camisa blanca, corbata gris acero y en sus puños mostraba gemelos de oro. Olía a perfume varonil.

Jim Crowley era tres pulgadas más alto que Ronald Madden, de

cabello rubio, rostro bronceado, los ojos verde claros. Se cubría con un traje de tergal azul, camisa blanca y corbata a listas.

Después de beber un trago, Ronald dijo:

—Me casé hace un año. Hilda es una gran chica… Yo había reunido algún dinero y pensé que había llegado el momento de hacer vida hogareña.

Jim Crowley dirigió una mirada en su torno. Se encontraban en una biblioteca donde había muebles caros y estanterías con libros encuadernados en piel y títulos dorados.

—Te buscaste una buena cabaña.

—Fue una oportunidad. Un productor de Hollywood decidió largarse a Europa, para continuar haciendo películas, y me vendió la casa. Sólo pagué por ella doscientos mil.

—¿Sólo? —sonrió Jim—. No está mal… Fue una ganga… Estuve haciendo números, por si podía comprarme el mes pasado una choza en los Everglades; pero no me atreví, porque me pidieron ochocientos dólares.

—Jim, ¿por qué no me lo dijiste…? Te habría mandado el dinero.

—No sabía siquiera dónde estabas; aunque, de todas formas, tampoco te lo hubiese pedido.

—Ya salió el orgulloso Jim Crowley.

—¿Cómo diste con mi dirección, Ronald?

—¿Olvidas que hay periódicos…? Hace un par de meses hablaron mucho de ti. Habías resuelto un caso difícil en Miami.

—Sí, lo recuerdo.

—Me bastó hacer una llamada a larga distancia y preguntar a la redacción de un diario de allá.

—Comprendo.

Se hizo un silencio en la estancia.

Ronald dio la vuelta a una historiada mesa y se sentó en un sillón de alto respaldo.

Jim Crowley quedó frente a él, sobre la mullida alfombra.

—¿Quieres que entremos en materia, Jim?

—Cuando tú quieras.

—Está bien, empecemos. —Ronald se apretó el puente de la nariz, cerró los ojos y los volvió a abrir—. Vas a conocer el secreto de mis ingresos, Jim. Soy dueño del Randy Star. Habrás oído hablar

de él.

—Sí, muchas veces. Dicen que es el club de moda, en Los Ángeles.

—Un auténtico filón, Jim. Ésa es la pura verdad. Tengo un socio, de modo que a mí sólo me corresponde un cincuenta por ciento. Se trata de Jerry Chapell.

—¿El jugador?

—Sí.

—Se dicen cosas muy feas de él.

—Ya lo sé; pero las cosas más feas, respecto a Jerry, las vas a oír de mis labios —guardó otro silencio y se echó hacia adelante, sobre la mesa—. Jerry ha preparado mi muerte.

—¿Por qué?

—Es la mar de sencillo. Jerry y yo firmamos el contrato de sociedad con ciertas cláusulas. Una de ellas, la más importante, es que si uno de nosotros dos moría, el otro heredaría su parte.

—Ya comprendo. Si tú mueres, Chapell se convierte en el único dueño del Randy Star.

—Correcto, Jim.

—¿Cómo sabes que él prepara tu muerte?

—Ya lo ha intentado dos veces.

—Explícame eso.

—La primera vez ocurrió hace cosa de quince días. Yo estaba en el despacho del club. Tenemos allí nuestro pequeño bar. Yo estaba hablando con el jefe de los camareros, Bill Silver. Tuve ganas de beber *whisky* y dije a Bill que me sirviese de mi botella, una marca especial. También le invité a él. Estábamos hablando y Bill bebió primero. Yo, por fortuna, me entretuve un poco. Lo cierto es que Bill dejó caer el vaso y se apretó el estómago. Empezó a dar gritos… Bueno, tú sabes cómo reacciono ante un caso de peligro. Poseo ese sexto sentido que me pone en guardia. Alcancé el teléfono y llamé a un amigo, el doctor Callahan. No quise avisar a nadie más y, mientras llegaba el doctor, introduje a Bill Silver en el lavabo y le hice vomitar. Cuando llegó Callahan, me dijo que gracias a eso le había salvado la vida. El *whisky* estaba envenenado con cianuro. El doctor sacó a Bill Silver por la puerta trasera y se lo llevó a su clínica. De esa forma, pude mantener la cosa en secreto. Le pedí a Bill Silver que no hablase.

Luego tomé la botella, volqué su contenido en la bañera, y la rompí.

—¿No hiciste ninguna prueba con Jerry Chapell?

—No; pero aquella noche, cuando llegó, alrededor de las nueve, como de costumbre, observé que miraba por el rabillo del ojo hacia las botellas de la estantería, justo donde yo acostumbraba a guardar mi marca especial. Naturalmente, no quise hablarle de nada.

—¿Cuándo lo intentó por segunda vez?

—Hace dos días.

—¿En qué consistió?

—Jerry tiene un matón de su confianza, Duff Wilbur. Siempre va con él. Estando en el despacho del club, Duff sacó la pistola y empezó a juguetear con ella. De pronto, se disparó. La bala se enterró a dos pulgadas de mi cabeza, en el tapizado del sillón.

—¿Estaba allí Jerry?

—Sí, claro que estaba. Le grité a Duff que apartase la pistola y él así lo hizo. Jerry se puso blanco como el yeso. Atrapó a Duff por el cuello de la camisa y le pegó un puñetazo en las narices, pero todo fue una comedia, Jim… Duff es un pistolero. Maneja el arma como nadie.

—Sin embargo, falló un disparo que valía para su amo un montón de dinero.

—Te repito que no acertó en el blanco por un par de pulgadas, lo cual resulta admisible teniendo en cuenta que movía la pistola como si se ejercitase con ella.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Crowley miró al trasluz el *whisky* que contenía su vaso y bebió un trago.

—Bueno, ¿qué dices, Jim?

—No tienes ninguna prueba.

—Eh, Jim, no te habrás vuelto como uno de esos policías que necesitan la evidencia para acusar a alguien.

—Voy a suponer, por un momento, que tienes razón. ¿Qué quieres que haga yo?

—Impedir que me mate, naturalmente.

—Muy bien, ya soy tu niñera. ¿Qué quieres? ¿Qué te arrope todas las noches y me siente en una silla a tu lado, mientras

duermes?

—No, Jim. Ya te he dicho quién es el hombre que me quiere matar, Jerry Chapell. Has de atraparlo a él, retirarlo de la circulación.

—Es muy mal asunto; pero no creo que vayas a aceptar mi consejo.

—¿Qué consejo?

—Vende tu parte a Jerry Chapell y disfruta, con tu mujer, la vida.

Ronald rió con una mueca.

—¿Crees que te he traído de Miami para eso?

—No, imagino que no.

Ronald se puso en pie.

—Oye, Jim, te digo que el negocio del Randy Star es bueno, de lo mejor.

—Nunca he tenido un club nocturno, Ronald, pero hay una cosa evidente. Un negocio de ésos se pone de moda, se gana mucho dinero con él, pero, de pronto, un día surge otro en cualquier parte y se acabaron los ingresos… Con el Randy Star pasará lo mismo. Ahora es un sitio de moda, donde quiere ir todo el mundo, artistas de cine, productores… Pero ¿quién te dice que no empezará la mala racha dentro de seis meses o un año…?

Ronald pegó un puñetazo sobre la mesa. Sus maxilares estaban apretados.

—¿Es que no me conoces? ¿Renuncié alguna vez a algo que me perteneciese…? Soy luchador, Jim, y lo que he llegado a ser me lo debo a mí mismo. Admito que tienes razón, que habrá un día en que el Randy Star tenga que ceder su lugar preeminente a cualquier otro club. Entonces habrá llegado la hora de que me retire; pero no estoy dispuesto a vender mi parte, por miedo a morir. Lucharé contra Jerry Chapell. No consentiré que se salga con la suya.

—Cálmate, Ronald.

—¡Y un cuerno, me voy a serenar! Te hice llamar a Los Ángeles porque pensé que seguías siendo el mismo Jim Crowley que yo conocí.

—Sigo siendo el mismo.

—Sabes que hay muchos tipos, en esta ciudad, a quien yo podría haber elegido; pero te preferí a ti. ¿Por qué…? Tú conoces la

respuesta. Eres un muchacho inteligente. No me extrañó nada que lograses un éxito tras otro, en Florida… Ésta era una oportunidad para que nos reuniésemos y para que tú ganases un buen montón de dólares… Sí, Jim… Así están las cosas. Si impides que Jerry Chapell lleve a cabo mi asesinato, te daré veinticinco mil dólares.

—Eso es mucho dinero.

—Ni un centavo menos.

En aquel momento se abrió la puerta y la rubia entró en la estancia. Se cubría con un albornoz corto, que dejaba ver sus esbeltas piernas.

—¡Oh! Perdón, querido —dijo con una sonrisa—. Creí que estabas solo.

Jim vio su rostro. Era bellísimo, ovalado, con ojos verde mar, la nariz recta y los labios carnosos, del color de la sangre.

Iba a retirarse, pero Ronald fue a su encuentro.

—Espera, Hilda. Quiero presentarte a mi mejor amigo.

—Entonces, es Jim Crowley —dijo ella.

Ronald sonrió, volviéndose hacia Jim.

—¿La oyes, Jim…? Le hablé muchas veces de nosotros dos.

La rubia alargó la mano a Crowley.

—¿Cómo estás, Jim?

—Perfectamente,' Hilda… Tengo que felicitar a Ronald por su buen gusto.

—Eres muy amable.

Ronald palmeó la espalda a Crowley.

—Jim estará unos, días en Los Ángeles. Le dije que se quedase con nosotros.

—No puedo —dijo Crowley.

Ronald frunció el ceño.

—¿Por qué no, Jim…? Creí que eso se daba por descontado.

—Vine a realizar un trabajo —repuso el detective—, y necesito libertad de movimientos.

—Insisto en que te quedes.

—Disculpa, Ronald, pero prefiero un hotel.

La rubia intervino:

—Creo recordar que Ronald me habló de que eras detective privado.

—Sí, Hilda, me dedico a las investigaciones…

—Siempre he pensado que es una carrera fascinante. ¿Me contarás alguno de los casos en que has intervenido…?

—Sí, Hilda, pero ahora me tengo que marchar.

—Espero que nos volvamos a ver muy pronto.

—Yo también lo espero.

—Bien venido, Jim.

—Gracias.

Hilda se volvió hacia su esposo.

—He de ir a la ciudad, Ronald. Tengo hora con mi peluquero. ¿Quieres acompañarme?

—Me daría un colapso —rió Ronald y se volvió hacia Jim—. Nunca acompañes a tu mujer a la peluquería ni a la casa de modas. Es un consejo gratuito, de un hombre casado. Si lo sigues, tu sangre seguirá circulando con normalidad.

Hilda se puso de puntillas y besó a Ronald en la comisura de los labios.

—No aparentes ser un ogro. Jim te conoce y sabe que, al menos, puedes ser el mejor esposo.

La joven dirigió una sonrisa a Crowley y salió de la estancia.

Al cerrarse la puerta, los dos hombres se miraron.

—¿Qué te parece, Jim…? Anda, dilo sin rodeos.

—Sus piernas son bonitas.

—¿Quieres que te ponga un ojo negro? —rió Ronald—. Me refería a su carácter.

—Muy jovial.

—Es una joya, Jim… Te lo puedo asegurar. Pero hablemos de lo otro. ¿Por qué dijiste que te ibas al hotel? Hablaba en serio, de que te quedases aquí.

—Lo supuse y yo también hablé con sinceridad. Si quieres que trabaje para ti, me iré a un hotel.

—¿Qué pasa si intentan matarme?

—Que habrá una linda viuda rubia.

Ronald rió otra vez, sacudiendo la cabeza.

—Te diré una cosa, Jim. Ha habido momentos en que creí que me encontraba con un Jim Crowley distinto al que conocía, pero me equivoqué. Entonces, te ocuparás del asunto.

—Sí, pero lo haré a mi manera.

—Bueno, tú corres con la pelota, Jim. Pero te advierto una cosa.

Si me matan, ya puedes estar seguro de que apareceré ante ti todos los sábados, a las doce en punto de la noche, y será arrastrando las más gruesas cadenas de las que hayas tenido noticias.

—Duermo como un tronco. No podrás despertarme ni con un cañonazo.

Crowley giró sobre sí y se fue hacia la puerta.

—Jim.

—¿Sí?

—Lo tengo todo en el mundo. Una mujer hermosa y dinero. Me gusta vivir…

—Corriente, Ronald. Vivirás.

CAPÍTULO II

Jerry Chapell pegó una palmada en la cadera de la pelirroja.

—Sally, estás engordando.

La joven hizo un mohín y pestañeó.

—Jerry, no me digas esas cosas.

—Te digo que estás engordando. Comes demasiado.

—Estoy a régimen, Jerry, y tú lo sabes.

—Lo estás mientras comes conmigo, pero luego lo rompes. Duff me ha dicho que le encargaste ayer dos cajas de bombones y he visto una de ellas vacía. ¡Demonios! Sally, has despachado casi un kilo de bombones tú sólita, en veinticuatro horas.

—Me gustan, Jerry.

—Eso engorda. ¿Lo oyes…? Engorda.

—Sí, Jerry.

—Estropearás tu figura, nena, y es una lástima. —Jerry miró a la joven de abajo arriba—. Sí, una verdadera lástima.

La pelirroja se volvió hacia el hombre que estaba sentado en un sillón, haciéndose la manicura con una pequeña lima.

—Eres un traidor, Duff.

Duff rió por la comisura de la boca.

—El jefe me paga para que le informe.

Jerry dio un manotazo en el aire.

—No quiero que peleéis.

—Te lo advertí, Sally —dijo Duff—. No quería comprarte los bombones, pero tú insististe.

—Cuando te conocí, pesabas cincuenta y ocho kilos —dijo Jerry —. Cincuenta y ocho kilos… ¿Lo oyes?

—Sí, Jerry.

—Estabas bonita, en aquella portada de la revista…

Duff rió otra vez.

—Tengo esa fotografía clavada en mi armario.

Sally saltó:

—¿Por qué se lo permites, Jerry? No está bien que Duff me tenga así.

—Déjalo.

—¿Es que no le das importancia?

—No, no se la doy. Y te lo advierto, nena. Te voy a pesar todas las semanas. Como subas de los sesenta, te licencio.

—Jerry…

—Ya te lo he dicho. Te licencio.

Sonó el teléfono, en aquel momento, y Jerry dirigió una mirada a Duff. Éste se levantó del sillón con movimientos lentos, guardó la lima en el bolsillo y cogió el auricular de la mesa ratona.

—¿Sí…? Está aquí —cubrió el micro con la mano y miró a Jerry —. Es Whipple. Pregunta si acepta diez mil sobre «Anaconda», en la primera de Santa Anita. Pagan tres a uno.

—Acepta.

Duff contestó al hombre que estaba al otro extremo de la línea:

—Correcto, Whipple… No hay de qué. El jefe te manda saludos.

Duff colgó el auricular y fue a dirigirse hacia el sillón, pero de pronto se detuvo y caminó hacia la ventana, mirando a la calzada, más allá del jardín.

—Eh, jefe. Se para un coche.

—¿Y qué? La calle no es nuestra.

—Hay un tipo que mira hacia acá. Joven, treinta y cinco años, alto, rubio, bien parecido… Tiene aspecto de poli… Empuja ahora la cancela del jardín… Viene hacia aquí.

Duff giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta.

—Se lo despacharé enseguida, jefe.

—Trátalo bien. No me gustan los jaleos con los polis.

—Descuide, jefe. Le pondré una flor en el ojal.

Duff salió de la estancia.

Transcurrieron diez segundos y Duff volvió a entrar.

—Insiste en verle a usted, señor Chapell. Su nombre es Jim Crowley. Resultó ser un detective privado.

—¿Qué quiere?

—Sólo se lo dirá a usted… Si me lo permite, le desharé las

narices. No me costará mucho trabajo soltarle un mamporro.

—Hazlo entrar.

—¿Está seguro de que quiere hablar con él?

—¿Cómo quieres que te lo diga, Duff?

—Está bien, jefe. Se lo traigo ahora mismo.

Duff se marchó de nuevo y a poco regresó con el visitante.

—¿Quiere hablar con Jerry Chapell? —preguntó el propio Jerry.

—Sí.

—Bueno, yo soy. ¿Qué es lo que quiere?

—Hacer un trabajo rápido para usted.

—Lo siento, pero esta semana no hago ofertas. Todos mis puestos están ocupados.

—Le falta uno.

—¿Cuál?

—Un asesino eficiente.

Se hizo un silencio en la estancia.

De repente, Jerry se echó a reír.

—Oiga, Crowley, me gustaría ver su credencial.

Duff ya tenía la mano en la axila, listo para sacar la pistola. Jim le dirigió una mirada de soslayo.

—Vine sin armas.

—Será mejor, para usted, que no me engañe.

—No te engaño, Duff —dijo Jim; y extrajo del bolsillo la cartera.

Jerry observó la credencial y luego la devolvió a Crowley.

—Creo que he leído algo respecto a usted. Se llenó de gloria en Florida.

—Gracias, Chapell; pero, si le parece, hablaremos de lo nuestro.

—¿Qué es lo nuestro?

—Iremos sin rodeos al asunto.

—Adelante.

—Usted quiere cargarse a su socio, a Ronald Madden… Ganará mucho con ello. Se quedará como dueño absoluto del Randy Star. Una vez se le ocurrió la idea, la puso en práctica. Primero utilizó el veneno. Cianuro.

Envenenó la botella de *whisky*, de la que Ronald acostumbra a beber en el despacho del club, pero le falló gracias a que el jefe de los camareros bebió antes que Madden. Entonces convenció a Duff para que lo hiciese. Pero también falló, porque Duff, a pesar de su

habilidad con la pistola, no logró meter la bala donde quería.

Duff sacó la pistola.

—¿Le meto ya el plomo, jefe?

—Espera un momento, Duff.

Chapell miró pensativamente a su visitante.

—Oiga, cuando un hombre me canta las cuarenta, me hago enseguida una pregunta. ¿Se trata de un estúpido o de un loco?

—No soy una cosa ni otra, sino un tipo que quiere aprovechar su oportunidad.

—Explíquese, muchacho.

—Yo líquido a Ronald y usted me paga cinco mil machacantes.

Jerry soltó una carcajada.

—Es usted muy entretenido, Crowley. Debería ganarse la vida en la televisión, contando sus chistes.

—Le haré una faena aseada.

—Quiero que me conteste a algunas preguntas, Crowley. Y la primera de ellas es cómo se informó usted de todo esto.

—No acostumbro a dar a la publicidad mis fuentes de información. Es la norma entre los detectives privados.

Crowley sintió un golpe en la cabeza y se derrumbó de rodillas en la alfombra.

Luego la puntera de un zapato se clavó en sus riñones.

Rodó por el suelo y, cuando se detuvo, sintióse invadido por las náuseas.

—No le pegues más, Duff —oyó decir a Jerry.

—Deje que le arranque la piel, jefe.

—Estate quieto.

Jim alzó la cara. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y vio deformadas las figuras de los dos hombres y de la mujer. Sacó un pañuelo, con el que se enjugó.

—¿Es tan mal negociante, Jerry? —dijo.

—Usted tiene algo de estúpido y de loco, Crowley. Es la peor combinación para ir por el mundo. ¿Quién le metió en la cabeza la idea de que quiero matar a Ronald?

—Lo oí en el mercado.

Duff se puso en marcha para golpearle otra vez, pero Jerry lo detuvo, con un gesto imperioso.

—Crowley, le voy a confesar una cosa. Soy un hombre muy

paciente. Dicen que gracias a esa virtud he logrado ser alguien importante en este estado. Pero lo que ignoran muchos es que tengo mi límite y que, cuando eso ocurre, hay muchos tipos que lo sienten. Lo peor para ellos es que no tienen tiempo para arrepentirse de haber dado un paso en falso.

—Muy instructivo, Chapell, pero me temo que usted no está, enfocando bien el asunto… Vine aquí para que usted pueda hacer el mejor negocio de su vida.

—Se equivoca. El mejor negocio ya lo hice. Llegué adonde quería llegar. Por si no lo sabe, le diré que soy dueño de cuatro garajes, una cadena de cines, y también tengo una buena colección de clubs nocturnos. De unos soy dueño totalmente y otros los tengo en sociedad; uno de ellos es el Randy Star. Estoy satisfecho con los socios que me busqué. No soy de esa clase de tipos que lo quieren hacer todo. Hace mucho tiempo me di cuenta de que, para triunfar en la vida, hacen falta buenos colaboradores. Yo poseo un olfato especial para encontrarlos. Y concretándonos a Ronald Madden, fue uno de mis mayores aciertos. Es un muchacho emprendedor, que sabe cómo dirigir un club nocturno. Si yo me quedase único dueño del Randy Star, la gente volaría de allí. Yo no me meto en la administración de los clubs, corresponde a los hombres de confianza que elegí. Sólo hago una cosa, en esa clase de negocios: poner la mano, para que me la llenen de billetes. Es lo único que me interesa.

Hizo una pausa y se echó a reír, apuntando a Jim con el dedo índice.

—Vino mal encaminado, Crowley. No envenené a Ronald y lo del disparo de Duff fue un simple accidente Duff es un gran tirador. Lleva trece años conmigo y apartó de mi camino a unos cuantos tipos que querían enviarme a la fosa. Ya puede estar seguro de que, si Duff hubiese querido matar a Ronald, lo habría conseguido sin gastar una segunda bala.

Crowley sacudió la cabeza.

—¿Me da un *whisky*?

—Claro que sí, Crowley… ¿por qué no…? Anda, nena, sírvele.

Sally fue al mueble bar y preparó un vaso de *whisky*, con cubitos de hielo. Se lo alargó a Jim y éste bebió un largo trago.

—Usted es duro, Crowley —dijo Jerry.

—¿Por qué dice eso?

—Usted vino aquí a dar la cara, sabiendo que yo no lo creería. No se llegó para ofrecerse como asesino eficiente. Sólo vino para saber cómo reaccionaría yo.

—En tal caso, puede estar representando una comedia.

—No, tampoco es eso y usted lo sabe.

—Corriente, Jerry. Sólo pretendía abrir la tapa de la olla. Ronald me lo contó todo.

—Debí suponerlo.

—Voy a admitir, por un momento, que no fue usted. ¿Quién intenta matar a Ronald?

—Hay muchas personas que desearían verle muerto: mis enemigos y los suyos.

—¿Quiénes son los enemigos de usted, Jerry?

Chapell se echó a reír.

—Son tan numerosos como la arena de la playa. Todo el que tiene que ver con las carreras, gente que he conocido a lo largo de mi vida… ¿Por qué cree que tengo a Duff al alcance de mi mano constantemente? En los últimos quince años, una docena de personas intentaron acabar conmigo.

—Hábleme de los enemigos de Ronald.

—Eso lo hará mucho mejor él. Nunca me he metido en su vida privada. De todas formas, imagino que también habrá tipos que desearían verle metido en un ataúd.

—¿Qué consecuencias va a tener esto, Chapell?

—¿Se refiere a lo que yo pueda hacer con Ronald?

—Sí.

Jerry se rascó la mejilla con el dedo índice.

—Si intentaron matar a Ronald, fue razonable que pensase en mí. Ni siquiera le hablaré de ello, a menos que él lo saque a colación. Continuaré siendo el mismo para Ronald —se echó a reír —. Siempre que él me siga poniendo billetes en la palma de la mano.

Jim apuró el contenido de su vaso y lo dejó sobre la mesa cercana.

—¿Qué le va a decir a Ronald, Crowley? —preguntó Jerry.

—Le diré que no creo que sea usted la persona que intenta matarle.

—¿Lo creerá él?

—Quizá resulte un poco difícil convencerle.

—Quiero hacerle una advertencia, Crowley. Sí tengo la menor sospecha de que Ronald atenta contra mi vida, tendré que defenderme y para mí solo existe una forma de hacerlo.

—Le mataría usted antes.

—Sí, Crowley. De modo que trate de meterse en la cabeza que yo no tengo nada que ver con el *whisky* con cianuro. En cuanto a lo de Duff, me extraña mucho que Ronald piense que pudo fallar.

—Está bien, Chapell.

—No quiero verle por aquí, ni que me siga los pasos, Crowley… Le he dado un buen trato. Espero que corresponda.

—Sí, Chapell, me dio un buen trato. No puedo quejarme.

Se volvió hacia Duff, que tenía la pistola en la mano; pero ahora el arma apuntaba al suelo.

Le tiró la derecha al mentón.

Duff voló por el aire y fue a golpear contra la pared.

Se puso bizco y se derrumbó sobre los cuartos traseros, quedando inmóvil.

—Gracias por su *whisky*, Chapell —dijo Jim; y abandonó la casa.

CAPÍTULO III

—Te engañaron, Jim —exclamó Ronald Madden.

—No creo que lo hiciesen.

—¿Por qué no…? Anda, dime una razón.

—Soy detective privado. Llevo doce años ejerciendo mi profesión. Me acostumbré a conocer a las personas.

—Jerry Chapell no es una persona, sino un bicho.

—Yo apuesto por su sinceridad.

Los dos amigos se encontraban en el despacho del Randy Star. Los muebles eran de gran precio y las paredes estaban construidas con material a prueba de ruidos.

Ronald se llegó al mueble bar y escanció en dos vasos.

Jim dirigió una mirada al *whisky*.

Entonces Ronald bebió un trago y dijo:

—No hay peligro. Desde que ocurrió aquello, todos los días descorcho personalmente una botella. El resto se lo lleva un mozo al bar.

Jim también bebió.

—Suprime de la lista tu socio, Ronald.

—No puedo suprimirlo.

—Me encargaste de este caso y nunca tengo en cuenta los argumentos de mi cliente, si a mi juicio no me sirven para la investigación. —Hizo una pausa—. Tú dirás si debo continuar.

—No lo tomes así, Jim.

—Entonces, colabora conmigo.

—Muy bien, haré lo que tú quieras.

Ronald se puso a pasear por la estancia. Después de permanecer un rato pensativo, dijo:

—Está Barry Taylor.

—¿Quién es Barry Taylor?

—El dueño del club Margot… Era el novio de Hilda. Trabajaba con él cuando la conocí.

—No sabía que Hilda había sido artista.

—Cantaba y bailaba un poco, pero lo importante de ella era su figura. Cuando contraté a Hilda para mi club, Barry Taylor me hizo una escena.

—¿Qué pasó?

—Di una gran fiesta en la terraza del hotel Baldof para lanzar a Hilda. Taylor se presentó allí borracho. Se abrió paso por entre todos los invitados y, de pronto, se puso a insultarme. Pero eso no fue todo… Cuando uno de los detectives del hotel se lo llevaba, se volvió hacia mí y dijo: «Algún día te mataré».

—¿Qué hiciste tú?

—Nada. Comprendí que lo decía ofuscado.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace año y medio.

—¿Qué ocurrió después?

—Nada. No ha ocurrido nada… Barry Taylor ha coincidido conmigo en un par de fiestas, pero nos hemos ignorado el uno al otro.

Jim cabeceó pensativo.

—¿Quién más?

—Oye, ¿quieres que te de la lista del censo de la ciudad?

—Imagino que tendrás algún amigo entre ellos. Sólo quiero los enemigos.

Ronald se frotó el mentón nervioso.

—Henry Gregor…

—¿Quién es Henry Gregor?

—Un contrabandista de drogas. Intentó comprar a dos de mis empleados, para el suministro a los clientes del club; pero lo supe a tiempo y denuncié el caso a la policía, Departamento de Narcóticos. Henry fue detenido, pero no se le pudo probar nada… También él prometió que un día se vengaría de mí. Me lo dijo aquí mismo, en este despacho, hace nueve meses.

—Va aumentando la lista.

—Estás cometiendo un disparate, Jim. Te repito que nuestro hombre es Jerry Chapell.

—Deja que sea yo quien lo decida.

—Estupendo. Tú te pondrás a investigar sobre Barry Taylor y Henry Gregor. Mientras tanto, Jerry llevará a cabo su trabajo.

—Creo que estás obsesionado por tu socio. Le debes odiar mucho.

Ronald endureció las facciones.

—No me hables así, Jim.

—Dime si me equivoco.

Ronald inspiró profundamente y, dejando escapar el aire por entre los dientes, dijo:

—Está bien, Jim. Tienes razón… Odio a ese tipo, no lo puedo remediar.

—¿Por qué?

—Tengo un buen motivo para ello. No trabaja nada. Soy yo quien levanté este club.

—Jerry pondría algo.

—Sí, claro que lo puso. El dinero.

—Entonces, sin su dinero no existiría el Randy Star… Debiste pensar en ello, antes de asociarte con él.

—Necesitaba que alguien aportase el capital.

—¿No pudiste encontrar otro socio?

—¿Crees que vas a salir a la calle y encontrar en la próxima esquina a un hombre dispuesto a invertir trescientos mil en un negocio…? Sí, ya sé que debería estar agradecido, pero hay algo más.

—¿El qué?

—No me gusta su forma de mirar a Hilda. La desnuda con los ojos, cada vez que la ve… Hay algunas veces que desearía meterle un par de balas en el corazón.

—¿Habéis disputado por eso?

—Un día, hace un par de semanas, le dije que ya estaba cansado de que mirase morbosamente a mi mujer. Sólo se le ocurrió una respuesta. Reírse. Entonces no pude contenerme y le pegué un puñetazo. El muy cobarde no intentó defenderse.

—¿Y qué hizo Duff?

—No estaba allí. Se había quedado en el bar.

Crowley dejó correr un minuto.

—Odias mucho a ese hombre, y es lo que te hace pensar que

sólo él es la persona que está interesada en que mueras.

—Oye, muchacho, no quise meter a Hilda en esto, por eso no te conté nada con respecto a ella. Pero estoy seguro de una cosa. Jerry ha intentado matarme porque hace una doble y magnífica jugada. Se queda con el club y con mi mujer.

—¿Qué dice Hilda a eso?

—¿Crees que he hablado con Hilda del asunto?

—¿Por qué no? Es tu esposa.

—Oye, Jim. Hilda es una mujer que ha nacido para poseerlo todo, joyas, abrigos, un «Cadillac», una casa como la mía y un hombre como yo, un hombre que la ame y que convierta sus sueños en realidad… ¿Por qué preocuparla estúpidamente? Tú me conoces bien. ¿Me crees capaz de ir a inclinar mi cabeza sobre su hombro y llorarle mis penas…? Hilda me lo ha dicho un par de veces. Jerry Chapell le fue antipático desde el principio. Fue algo instintivo. Lo mismo me ocurrió a mí. A veces, Jerry se presenta en nuestra casa. Lo hace muy de tarde en tarde, pero, cuando ocurre nos pone de mal humor a los dos, a Hilda y a mí. —Se echó a reír—. Hilda y Jerry… Oh, no, muchacho, Jerry es un tipo encanallado, le gustan las muchachas que empiezan. Son más fáciles para él… Ellas se dejan impresionar por el nombre del gran Jerry Chapell, por su dinero y sus maneras… Jerry saca dividendos de ello, porque constantemente está cambiando de amiga… Naturalmente, él ha pensado en Hilda. Me consta. Se habrá pasado muchas noches sin dormir, imaginando de qué forma lograrla y, al fin, dio con la combinación. Sólo tenía que liquidarme a mí y la tendría. Lo que él ignora es que Hilda, aunque yo muriese, jamás le aceptaría.

Ronald se acercó otra vez a la bandeja y se sirvió *whisky* en el vaso.

—Para mí no ofrece duda, Jim. Es Jerry Chapell… ¿Qué esperabas que te dijese él, cuando pusiste las cartas boca arriba? —Parodió la voz de Jerry Chapell—: «Oh, sí, señor Crowley, yo soy el asesino, el hombre que quiere matar a su amigo Ronald Madden. Póngame las esposas y lléveme al presidio más próximo». —¿Acaso es eso lo que esperabas?

—No, Ronald. Sólo quería ver su reacción.

—Y, al parecer, resultó tan positiva que lo desechaste como culpable.

—Sí.

—¿No has pensado que él estaba representando un papel?

—Es posible que hubiese representado, pero yo lo habría descubierto.

—Bueno, ya acabé la lista de sospechosos. No puedo ayudarte más. Existen otros fulanos, pero no tienen importancia.

—Falta alguien importante en la lista.

—¿Quién?

—Hilda.

Los labios de Ronald dibujaron una mueca.

—¿Hilda has dicho?

—Tu mujer.

—¿Estás loco?

—No, Ronald. No lo estoy.

—De modo que es Hilda quien quiere matarme…

—Para mí, sólo hubo un intento, el del envenenamiento, ya que lo de Duff fue casual. Alguien metió cianuro en la botella.

—Y tú piensas que fue Hilda.

—¿Por qué no? Demuéstrame que me equivoco.

Ronald quedó unos segundos en suspenso y, de pronto, lanzó una carcajada.

—Hilda mi asesina… Es lo más divertido que he oído en mi vida.

—Hay esposas que matan a sus maridos, Ronald… Todos los días ocurren casos como ése. Yo mismo he investigado algunos.

Ronald quedó bruscamente serio.

—No dudo de que existen casos de mujeres dispuestas a matar a su esposo. Pero Hilda no es de ésas, está enamorada de mí, se casó conmigo porque me quería… ¿lo oyes?

—¿Frecuenta ella este despacho?

—Viene alguna vez.

—Intenta recordar… ¿Se llegó aquí el día que descubriste el *whisky* envenenado?

—No sé cómo me contengo y no te saco a patadas de aquí, Jim.

—No tienes necesidad de hacerlo a patadas. Dime que me marche y lo haré. Con eso, te librarás de todas mis preguntas y yo tomaré el avión de Miami.

Hubo un silencio entre los dos hombres. Luego, Ronald se pasó

una mano por la cara y emitió un gruñido por entre los dedos.

—Lo siento, Jim, pero eso que has dicho me ha, puesto nervioso.

—Estamos haciendo un examen de la situación. Debes contestar con objetividad.

—Muy bien. Responderé a tu pregunta. Hilda no estuvo aquí aquel día. Hacía una semana que no se llegaba a este despacho y yo bebí *whisky* de la botella todas las noches… Ella no pudo ser.

En aquel momento sonó el teléfono.

Ronald se acercó a la mesa y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Hola, querido.

—Hilda, ¿cómo estás?

—Muy aburrida sin ti… ¿Por qué no vienes?

—No puedo, ya lo sabes.

—Cuando llegues estaré dormida.

—Se me ocurre una idea, pon la TV., y entretente un rato.

—No me divierte la TV… Es a ti a quien necesito.

—Sí, nena, pero ya sabes que me gusta estar al frente del negocio, hasta que esto se calme un poco.

—¿Quién está contigo?

—Jim.

—Dale mis saludos. Dile que mañana tiene que almorzar con nosotros… ¿Sabes una cosa, Ronald? Me fue simpático tu amigo. Es agradable, sincero…

—De acuerdo, Hilda, se lo dirá.

—Por favor, Ronald, despiértame, si estoy dormida.

—Sí, nena.

Ronald esperó a que Hilda colgase, para hacerlo él a continuación. Luego se quedó mirando a Jim.

—Debería estrangularte por dudar de Hilda.

—¿Qué pasa?

—Le fuiste simpático. ¿Y sabes por qué…? Por tu sinceridad… Quiere que almuerces mañana con nosotros.

—No puedo aceptar.

—¿Por qué?

—Tengo trabajo.

—¿Qué te pasó con ella, Jim?

—¿A mí…? Nada.

—No te gustó desde un principio. Estoy seguro de que le tomaste el número cambiado. Pensaste acerca de ella con tu cerebro de detective. Una mujer hermosa es igual a una aventurera. Una mujer con una cara y un cuerpo como el de Hilda, sólo puede ser un demonio…

—No opino de las personas por su figura, y puedo asegurarte que no formé ningún juicio acerca de ella, ni en favor ni en contra.

—Si la conocieses como yo, te darías cuenta de lo ridículas que son tus sospechas.

CAPÍTULO IV

Hilda se desperezó en el diván y puso las manos bajo la cabeza.

Sus ojos verdosos miraron al hombre que estaba frente a ella, con un vaso de *whisky* en la mano.

—No puedes fallar esta vez, Richard. Has de matarlo.

—Descuida.

—Recuerda que se ha traído a un detective privado, para protegerse.

—No te preocupes. Ese detective no podrá evitar nada. Antes de veinticuatro horas serás viuda.

—¿Qué tal me sentará el negro? —sonrió la joven.

—Estoy seguro de que estarás preciosa.

—Vi una colección en una revista. Ya elegí cuatro modelos, pero tendré muchos más… Oh, Richard, vamos a tener mucho dinero… Seré la dueña de la mitad del Club Randy Star.

—A propósito de eso, vas a tener un socio, Jerry Chapell. ¿Qué hay con él?

—Está por mis huesos.

—¿Te lo dijo él?

—No se atrevió a decirlo con los labios, pero lo significó bien con la mirada.

—Eso no me gusta.

—¿Por qué no, Richard?

—Supón que te cansas de mí… Es posible, que pienses en Jerry Chapell, como tu futuro esposo. Así lo tendrías todo. Además, Chapell es dueño de otros muchos negocios.

—No seas estúpido, Richard. Jerry es un sapo… Nunca me han gustado los tipos como él… Tú eres mi muchacho.

Richard Rooney frisaba en los 28 años y era alto, muy guapo,

ojos azules.

—Quiero casarme contigo, Hilda.

—¿Eh?

—Ya lo has oído. No voy a matar a tu marido, para que luego me dejes en la estacada. Cualquier día te podrías cansar de mí y eso no me gustaría, nena.

—No querrás que nos casemos al día siguiente.

—No, pero tampoco lo demoraremos demasiado.

—Eres un tonto, Richard… ¿Crees que podría vivir sin ti…? Me volviste loca, apenas te vi en aquel bar… ¿Por qué crees que te resultó tan fácil conquistarme? Estaba deseando que te acercases.

Richard esbozó una sonrisa y se le formó un hoyuelo en cada mejilla.

Los ojos de Hilda brillaron más intensamente. Le gustaba ver sonreír a Richard. Era en ese momento, cuando resultaba más atractivo.

Richard bebió el contenido de su vaso y lo dejó sobre la mesa ratona. Luego, se dirigió al rincón donde había un tocadiscos. Lo puso en marcha. Una orquesta se puso a interpretar un *twist*.

—Richard, prefiero música romántica.

—Yo prefiero esta pieza… ¿Sabes cómo se llama…? Hoy me he enamorado de una viuda. Lo compré esta tarde pensando en ti, nena.

—Eres muy amable.

—Anda, ven aquí… Vamos a bailar.

—Estoy un poco cansada y se hace tarde. —Miró su reloj—. Dios mío, debo estar en casa antes de veinte minutos.

—Eres una buena conductora y te sobrará tiempo para llegar.

Hilda se levantó y se puso a bailar el *twist*.

Todo el cuerpo de Richard se estremeció, siguiendo también el ritmo, y avanzó hacia ella.

Hilda se echó a reír.

—Parecemos dos locos.

Cesó de bailar, pero Richard continuó los movimientos.

—Vamos, nena, anímate.

—No puedo más…

Richard dio otro paso hacia ella y la cogió por la cintura.

—Es tu pieza, Hilda.

—Hoy me enamoré de una viuda —dijo ella—. Qué bonito título. Pero tú ya estás enamorado… Adiós, querido. No nos volveremos a ver hasta que lo hayas hecho.

—¿Recuerdas tu papel?

—Claro que sí, Richard. Yo debo permanecer en la casa mientras tú te encargas de lo demás… Lo tuyo es lo más importante. Yo fallé con el veneno… Lo había planeado bien y resultó sencillo asegurarme la colaboración de aquel mozo del Randy Star, por cinco mil dólares.

—A propósito, nena. Cuando muera tu esposo, es posible que ese mozo quiera pasarnos la factura.

—Si resulta un condenado chantajista, será mucho peor para él. ¿Verdad, Richard…?

—Sí, nena.

—Pero ahora no debemos preocupamos de ése, Richard. Lo importante es que Ronald muera.

Rooney la acompañó hasta la puerta.

—Suerte, Richard.

—La tendré.

La joven salió de la casa y, poco después, se introducía en su coche.

Apenas llegó a su casa, subió al dormitorio, se desvistió y acostóse.

Había concedido la noche libre a los dos criados.

Alcanzó una novela de la mesilla de noche y se puso a leer.

Al cabo de un rato, consultó su reloj. Ronald no llegaría hasta pasados quince minutos, como mínimo.

De repente, la campanilla del teléfono se puso a sonar.

—¿Sí?

—Buenas noches, señora Madden… ¿La he molestado?

—¿Quién es?

—Usted no me conoce.

—Pero tiene un nombre.

—Sí, lo tengo, como cualquier otra persona. Pero eso no viene al caso.

—No le comprendo.

—Lo sabrá enseguida, señora Madden. Usted va a cometer un asesinato.

—¿Qué dice?

El hombre que había al otro lado de la línea dejó escapar una risita.

—Sí, señora Madden, va a matar a su esposo.

—Usted no está en su sano juicio.

—Sólo quiero advertirla, señora Madden. No lo haga. Deje tranquilo a su marido… Haría muy mal negocio si le matase… Se lo aseguro, muy malo.

—¡Eh! Oiga —exclamó Hilda.

Pero ya el desconocido había colgado.

Hilda sintió un escalofrío.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el almohadón. ¿Quién era aquel tipo…? Un nombre le vino a la memoria enseguida, Jim Crowley, el detective privado, el amigo de su esposo… Tenía que ser él.

Le maldijo muchas veces.

Poco después, oyó llegar el automóvil de Ronald. Tomó otra vez la novela entre las manos. Tenía que tranquilizarse.

Pero transcurrió un minuto y no lo había conseguido. No podía leer. Se levantó y se puso un salto de cama.

Estaba encendiendo un cigarrillo, cuando la puerta del dormitorio se abrió, dando paso a Ronald.

—Hola, nena.

Ella fue a su encuentro, sonriente.

Ronald la besó en los labios.

—Te eché mucho de menos, Ronald.

—Yo a ti también.

—Pero, al menos, te distrajiste con Jim Crowley. Seguro que ha estado todo el rato contigo.

—No, Jim sólo me hizo una corta visita en el despacho del Randy Star. Se marchó poco después de que tú llamaste.

Hilda se mordió el labio inferior.

—¿Ya resolvió el caso por el cual vino a Los Ángeles?

—No, nena. Todavía no.

—¿De qué se trata?

—Jim no me lo dijo. Ya sabes. Los detectives privados guardan celosamente sus secretos…

Hilda se dijo que podía equivocarse. ¿Y si el hombre que la

había llamado minutos antes no era Crowley…?

CAPÍTULO V

Jim Crowley entró en la biblioteca.

Ronald salió a su encuentro. Después de cambiar un saludo, Ronald preparó dos *whiskys*.

Crowley recorrió la distancia que le separaba de la ventana y miró afuera. La piscina estaba desierta.

—Hilda está todavía en la cama —dijo Ronald—. Pasó una mala noche y no quiere tomar somníferos. Cuando yo me levanté ella dormía.

Se llegó junto a Jim y le dio el vaso.

—¿Investigaste algo?

—Sí. Me preocupé de Barry Taylor y de Henry Gregor.

—¿Cómo está el bueno de Barry?

—Muy mal.

—¿Qué le pasa?

—Tiene cáncer. Lo diagnosticaron hace cosa de un mes. Le operaron, pero se encontraron con que era un tumor maligno. Hablé con el doctor que le asiste. Barry morirá en el plazo de unas semanas. Está internado en el hospital Saint Paul.

Ronald sonrió.

—De modo que, el bueno de Barry decidió morirse…

Levantó el vaso en el aire, como si brindase, y bebió un largo trago.

Jim miró otra vez a la piscina. Podía ver desde allí un trozo de las aguas, de un color fuerte azulado.

—¿Qué me dices de Henry Gregor, Jim? —Oyó que Ronald le preguntaba.

—Ha desaparecido de la ciudad.

—¿Por qué?

—La policía le busca en relación con un contrabando de narcóticos. No se ha vuelto a saber de Gregor desde hace quince días, pero hablé con unos cuantos hampones y la impresión general es que Henry se marchó a Sicilia.

—¡Caramba! Eso está muy lejos…

—Tengo un amigo en Palermo. Hablé con él, por teléfono. Hoy mismo sabré si Henry Gregor se encuentra allí y qué es lo que hace.

—Creo que estás perdiendo el tiempo y el dinero, pero es cuestión tuya…

* * *

Hilda despertó al oír la campanilla del teléfono.

Miró en su derredor y no vio a Ronald.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta.

—Ronald —llamó; pero no obtuvo respuesta.

El teléfono seguía sonando y lo alcanzó.

—¿Sí?

—Buenos días, señora Madden.

Era otra vez la voz del desconocido. Lo identificó enseguida. Hablaba con un tono cortante.

—¿Qué quiere ahora?

—Hablar con usted.

—Ya, lo está haciendo.

—No, señora Madden. Hemos de hablar personalmente.

—Usted y yo no tenemos nada que decirnos.

—Se equivoca, señora Madden. Nuestra conversación va a ser muy interesante. Usted va a ir ahora mismo donde yo le diga.

—¿Qué tontería está diciendo? No me moveré de mi casa.

—Claro que lo hará. De lo contrario, Ronald Madden sabrá la clase de mujer que tiene.

—Mi esposo tiene depositada su confianza en mí.

—Desde luego, señora Madden, no lo dudo, pero yo haré saltar esa confianza en mil pedazos. Bastará con que le diga que usted le es infiel.

—No lo creerá.

—De daré detalles. El nombre de su amigo, por ejemplo.

—¿Qué dice?

—Su nombre es Richard Rooney y puedo darle también su dirección. Su marido se convencerá muy pronto.

—No puede hacer eso.

—No tengo ningún interés en hacerlo, si me obedece. Acudirá a la calle Abedul, número 224 y lo hará sin ninguna compañía. Ha de estar allí en una hora.

—No puedo salir ahora.

—¿Por qué no, señora Madden?

—Mi esposo está aquí… Tenemos un invitado.

—Eso me importa un rábano.

—Demore la cita para esta noche. Mi esposo no estará entonces.

—Conozco perfectamente las costumbres de su esposo, pero yo soy el que manda y es ahora cuando usted acudirá a la cita. Tiene que obedecerme, si no quiere que le haga una llamada a Ronald.

—No, no lo haga.

—Muy bien, señora Madden. Recuérdelo. Una hora.

—Sí, está bien… Iré.

—Magnífico, señora Madden, póngase bonita y un poco de perfume… Así nuestra conversación resultará más agradable.

Luego, el desconocido colgó.

Hilda puso lentamente el auricular en la horquilla. Estaba segura, ahora, de que era Jim Crowley. No podía ser otro.

Se vistió rápidamente y se puso un poco de perfume, tal como le había aconsejado aquel hombre. Luego, bajó por la escalera y se dirigió hacia la biblioteca.

Al abrir la puerta, quedó inmóvil al ver a Jim Crowley junto a la ventana. Ronald estaba con él.

—Buenos días, querida. ¿Ya has descansado?

—Sí, Ronald.

—Aquí tienes a Jim. Aceptó nuestra invitación de almorzar con nosotros.

—Hola, Jim —la joven sonrió mirando a su esposo—. Perdona, pero me acaban de hacer una llamada. Es el modisto Baldini… Le encargué dos modelos y me ha dicho que tengo que ir a probadme esta mañana… No pospuse la cita, porque tiene mucho trabajo y, si no me probase hoy, no tendría los modelos para cuando yo quiero. No sabes cuánto lo siento, Jim.

—Estás disculpada conmigo.

—¿No te lo dije, Jim? —sonrió Ronald—. Las mujeres tienen dos cosas que son sagradas. El peluquero y el modisto.

—Trataré de volver enseguida —dijo Hilda.

—¿Quieres que Jim y yo te acompañemos?

—¡Oh! De ninguna forma; vosotros tendréis muchas cosas de las que hablar. Si me acompañáis, me pondréis nerviosa… Siempre me ocurre, cuando alguien me está esperando.

—Está bien, nena —dijo Ronald y la volvió a besar—. Vuelve pronto.

—Hasta luego, Jim —se despidió Hilda.

Jim correspondió al saludo.

* * *

Hilda pasó de largo, con el coche, frente al número 224 de la calle Abedul. Era un *bungalow*, rodeado por un jardín.

Estacionó un poco más arriba, detrás de un «Ford» color negro y saltó a la acera.

Retrocedió en su camino y, poco después, abrió la cancela del jardín.

Vio a la derecha una cochera, pero la puerta estaba cerrada y el candado puesto.

Las ventanas tenían visillos y no se podía ver lo que había en el interior.

Subió al porche y apretó el botón del timbre.

Vio cómo el tirador se movía y luego la puerta se abrió quedamente.

La joven no se atrevió a entrar.

De pronto, le llegó una voz del interior:

—Pase, señora Madden.

La joven tragó saliva y entró por el hueco.

Fue a volverse, pero, en aquel momento, un objeto duro golpeó contra su cabeza y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, oyó voces a su alrededor.

Quedó deslumbrada por el *flash* de una cámara fotográfica. Unas manos la tomaron por el brazo y la ayudaron a levantarse.

—Siéntese, señora Madden.

El hombre que le hablaba era de cara larga, nariz aguileña y

boca que se curvaba hacia abajo, por las comisuras.

—Señora Madden, soy Max Fincher, teniente de la brigada de Homicidios.

Hilda se sintió aturdida, confusa. ¿Qué era aquello?

Flanqueando al teniente, había otros dos hombres que la miraban, uno con el sombrero echado hacia atrás, de frente estrecha y ojos muy pequeños, y otro, de cabello rubio, que exhibía una cicatriz en el mentón.

—Señora Madden, ¿por qué mató a ese hombre? —El teniente Fincher estaba señalando el suelo, hacia la izquierda.

Hilda volvió la cabeza. Sintió que el corazón le daba un vuelco. El hombre que estaba tendido, en medio de un charco de sangre, era el socio de su esposo, Jerry Chapell.

CAPÍTULO VI

—Es duro tener que decirlo, señor Madden —dijo el teniente Max Fincher, de la Brigada de Homicidios.

—No se preocupe, teniente. Puede hablar con absoluta libertad.

Madden parecía haber envejecido diez años, en unas cuantas horas. La entrevista se celebraba en el despacho del teniente. Ronald no se encontraba solo. Estaba con él su amigo Crowley.

El teniente carraspeó.

—Su mujer mató a Jerry Chapell, disparándole dos balas. Una de ellas le tocó el corazón y la otra le destrozó la yugular.

—Me parece increíble…

—Usted me concedió libertad para hablar, señor Madden.

—Desde luego.

—Tal como nosotros vemos el asunto, Jerry Chapell se insinuó a su mujer. No digo que fuesen amantes. Es posible que no existiese nada entre ellos. Quizá Jerry Chapell sabía algo acerca de su mujer y la estaba chantajeando.

—Eso es absurdo.

—Disculpe, señor Madden, pero tenga en cuenta que yo soy policía.

—Sí, me hago cargo.

—Un, vecino oyó los disparos y llamó a la policía. Cuando nos presentamos allí, encontramos a su mujer sin conocimiento, teniendo en la mano la pistola «Smith y Wesson» que disparó las balas mortales.

—¿Qué ha dicho ella?

—Todavía nada. Está bajo la impresión de un fuerte *shock*. Un doctor la está atendiendo.

—Quisiera hablar con ella.

—Desde luego, señor Madden.

Ronald se volvió hacia Crowley.

—Perdona, Jim, pero quisiera que esta primera entrevista la sostuviésemos ella y yo a solas.

—Corriente, Ronald.

El teniente Fincher acompañó a Madden a la habitación donde se encontraba Hilda, tendida en un diván. Un hombre de unos cincuenta años, de cabello blanco, que defendía sus ojos con lentes de alta graduación, atendía a la detenida.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Ronald.

—Le di un sedante hace unos minutos.

—¿Duerme?

—No.

El teniente hizo una señal al doctor y los dos salieron de la estancia, cerrando la puerta.

Ronald se llegó junto a su mujer y le puso una mano en el hombro.

—Hilda… —llamó suavemente.

La joven abrió los ojos.

—Ronald…

—Hola, nena —sonrió él, con amargura—. Vine en cuanto me lo comunicaron.

La joven trató de levantarse, pero él se lo impidió.

—Debes estar tranquila. Ahora estoy a tu lado.

—Ronald, no habrás creído esa monstruosidad de mí…

—Claro que no, nena.

—Yo no tenía nada que ver con Jerry Chapell… Todo fue una confabulación… Debí decírtelo, Ronald… Te mentí, cuando te dije que me había llamado el modisto Baldini… Fue un hombre, un desconocido. Dijo que debía ir a aquella casa.

—¿Por qué fuiste?

Hilda se mordió el labio inferior.

—Dijo que tenía algo contra ti y que si lo presentaba a la policía, no sólo te arruinaría, sino que te meterían en la cárcel, por una larga condena.

—¿Cómo pudiste creer eso…? No tengo nada que ocultar a la policía.

—Tuve miedo por ti… Por nosotros dos… Por eso, fui, Ronald.

Al llegar allí, apreté el timbre de la puerta y me abrieron desde el interior, pero no vi a nadie. Entré y entonces me golpearon… Cuando recuperé el sentido, ya estaba la policía allí… ¡Tienes que creerme, Ronald…! ¡Ocurrió exactamente como te digo!

Ronald le pasó la mano por la frente.

—Sí, nena, te creo, pero no te preocupes, yo estoy aquí, a tu lado… Contrataré al mejor abogado de California… No podrán condenarte… Tú no tenías ningún motivo para matar a Jerry Chapell.

—Pero él era tu socio; están pensando que entre Jerry y yo había algo… Lo dijo el teniente…

—Déjalo de mi cuenta, nena.

—Sólo existe un medio para salvarme, Ronald… Debes descubrir al verdadero asesino.

—Claro que sí, Hilda. Es lo que vamos a hacer.

—¿Por qué lo dices con ese tono, Ronald?

—¿A qué te refieres?

—Parece como si creyeses en mi culpabilidad.

—¿Quién dice eso, nena…? Claro que eres inocente… Lo sé y te sacaré de esto… Puedes estar segura de ello.

—Tienes a Jim Crowley, Ronald… Él es un gran detective… Dile que averigüe la verdad. Tiene que hacerlo…

No quiero que me condenen… Existe la cámara de gas… Podrían condenarme a muerte, ¿verdad, Ronald…?

—No pienses en eso ahora… Debes conservar la serenidad. Yo me ocuparé de todo.

—Sí, Ronald.

—Cierra los ojos e intenta dormir.

—Pero me sacarán de aquí, enseguida, y me llevarán a una celda, Ronald.

—Estás al cuidado del doctor. Te dejarán aquí un rato… Además, haré lo posible por sacarte en libertad provisional, bajo fianza. No se me escapará un solo detalle, nena… Tranquilízate… Ahora he de marcharme, porque aquí no hago nada.

Ronald se agachó sobre Hilda y la besó suavemente, en los labios. Ella lo tomó por un brazo.

—Ronald, te quiero… No me abandones.

—No te abandonaré, querida.

Ronald dio media vuelta y salió de la habitación.

El doctor estaba fuera.

—Será mejor para ella que la duerma, doctor.

—No se preocupe, dormirá.

—Gracias por todo.

Ronald regresó al despacho, donde se encontraban el teniente Fincher y Jim Crowley.

—Me lo contó todo, teniente —dijo—. Fue una trampa.

Max Fincher no contestó.

—¿Es que no la cree, teniente?

—El vecino que nos hizo la llamada, Peter Williams, dijo que había visto llegar a su mujer otras dos veces al *bungalow*.

—No diga tonterías. Ese hombre miente.

—¿Por qué, Madden? ¿Qué interés iba a tener él en hacerlo?

—Está bien. Sufre una confusión.

—Williams está seguro de que la mujer que vio llegar hoy al *bungalow*, poco antes de que se produjesen los disparos, es la misma que fue allí dos veces, el miércoles de la semana pasada, y la primera, hace quince días.

—Deje que atrape a ese tipo listo por el pescuezo y dirá otra cosa.

—No lo dudo. Un testigo puede declarar muchas cosas mediante coacción, pero le recuerdo que Peter Williams habló espontáneamente.

—¿Por qué no me dijo eso antes, teniente?

—Porque quería que primero hablase con su mujer. Pensé que quizá ella le confesaría la verdad.

—Ya entiendo. Usted esperaba que admitiese haber sido la amante de Jerry.

Fincher bajó la mirada a la carpeta que tenía delante.

—Sí, señor Madden.

—Pero no lo dijo.

—Eso no hace cambiar las cosas.

—Para mí sí, teniente. Mi mujer no es culpable. No puedo creer que ella haya matado a Jerry Chapell… Todo asesino debe tener un motivo para matar.

—Exacto, pero en este caso lo hay. Ya se lo dije antes. Si su mujer y Jerry eran amantes, ella pudo cansarse de sus relaciones, o

quizá Jerry Chapell la estaba chantajeando.

—¿Y qué podía argumentar Jerry para chantajear a mi esposa, teniente?

—Eso no lo sé.

—Hilda me ha dicho que acudió a aquella casa porque un hombre le hizo una llamada. Ese fulano le dijo que tenía algo contra mí y que si no acudía a la cita me denunciaría a la policía. Ésa es la pura verdad, teniente.

—Es lo que ella le ha dicho. Comprendo que usted la crea, señor Madden; pero nosotros trabajamos teniendo en cuenta unas normas y la lógica.

—De modo que, las normas y la lógica señalan a mi mujer como culpable.

—Sí, señor Madden.

Se hizo un silencio en la estancia y, al fin, Ronald dijo:

—Está bien. Vamos, Jim… Gracias por su gentileza, teniente.

Poco después, Madden y Jim se encontraban sentados en el coche del primero.

—Jim, éste es el golpe más duro que he recibido en toda mi vida.

Crowley movió la cabeza.

—¿Es cierto lo que te dijo ella acerca de la llamada? —Sí. Un tipo bastardo la llamó amenazándola. Por eso fue allí. ¡Maldita sea…! ¿Es que no lo ves claro? Alguien ha intentado destruirme… Falló con el veneno y entonces pensó en hacerme mucho más daño con otra idea mejor… Mataría a Jerry Chapell y cargaría el crimen sobre Hilda. Jim, tienes que investigar eso… Tienes que dar con el canalla que lo hizo…

—Voy a trabajar en ello y pondré todo mi empeño, Ronald. Es lo único que te puedo decir.

CAPÍTULO VII

Por el otro lado de la reja, Jim Crowley vio llegar a Hilda.

La matrona desapareció por la puerta, que cerró tras de sí.

Hilda quedó sola. Se cubría con un uniforme gris oscuro. Estaba pálida y ojerosa.

—Hola, Jim.

—Vine para hablar contigo, Hilda. Es muy importante.

—Ya lo dije todo a Ronald y esta mañana se lo repetí.

—Sí —asintió Jim, frotándose el puente de la nariz—. Ya he oído muchas veces esa historia.

—¿Es que no me crees?

—No, Hilda. No te creo.

Las mejillas de la joven se sonrojaron.

—¿Por qué no, Jim?

—Estoy seguro de que lo de la confabulación es cierto, tú no mataste a Jerry, pero no estás diciendo la verdad.

—Entonces, perdiste tu tiempo al venir. —La joven fue a dar media vuelta.

—Espera, Hilda.

La joven titubeó, pero finalmente se detuvo y volvióse de nuevo hacia él.

—¿Qué quieres, Jim?

—Oye bien esto. Soy tu única tabla de salvación. Quiero decir que estoy dispuesto a demostrar tu inocencia y para ello necesito que me ayudes… He investigado tu vida.

—No es mí vida la que tienes que investigar, sino la de la persona que mató a Jerry.

—Para establecer su identidad necesito que cooperes conmigo.

—¿Qué es lo que has averiguado acerca de mí?

—Visité a algunos agentes y artistas que trabajaron contigo, de modo que tengo una información de primera mano. Llevaste una vida bastante agitada, Hilda. Hace cuatro años, en Chicago, fuiste la amiga de un gánster, Franz Chidsey. Un rival de Franz, Werner Reynolds, lo mató a tiros, pero a ti te dio lo mismo, porque te largaste con Werner a Vancouver. A tu nuevo hombre no se le pudo probar el crimen, pero él se cansó de ti.

—Fui yo quien le di la patada.

—Da lo mismo. Habías empezado a trabajar como vocalista antes de conocer a Franz y, luego de lo de Werner, proseguiste tu carrera. Según tus compañeros, te valías de todos los medios para prosperar.

—Muy bien, gran detective, fui todo eso, pero, cuando conocí a Ronald, empecé una nueva vida.

—No tengo mucha fe en los arrepentimientos.

—¿Sólo has venido aquí para insultarme?

—No, ya te lo dije. Para ayudarte. Tú intentaste asesinar, pero no lo conseguiste.

—¿Asesinar?

—Sí, a tu esposo.

Los ojos de Hilda se agrandaron.

—No sabes lo que dices, Jim.

—Lo sé perfectamente. Sabes que Ronald me llamó, porque habían atentado contra su vida. El me dijo que dos veces, pero yo descarté una. La primera, intentaron envenenarle con *whisky*. Fue la buena, sólo que las cosas te salieron mal, Hilda.

—No sé cómo te escucho.

—Me escuchas, porque te estoy diciendo la verdad.

—Suponiendo que fue cierto, ¿qué tiene que ver eso con el crimen?

—Mucho, nena, porque tuviste un cómplice. ¿Quién fue? Tienes que decírmelo, Hilda… Es tu vida la que está en juego… Es posible que no te condenen a la cámara de gas, pero pasarás largos años en la cárcel. Conozco bien el caso y ya puedes estar segura de que saldrías bien librada con una condena de diez años… ¿Estás dispuesta a pasarlos en la prisión, siendo inocente?

—Me estás engañando, Jim… No me condenarán… Es imposible.

—Tú eres la que te engañas a ti misma, si crees otra cosa.

La joven se llevó una mano temblorosa a la cara.

—No quiero estar en la cárcel —miró en su derredor—. Esto es horrible. Tienes que sacarme de aquí, Jim…

—Para sacarte es necesario que te ayudes a ti misma y sólo lo harás diciéndome la verdad.

Hilda miró a Jim con ojos muy fijos.

—Sí, Jim —dijo por último—. Tienes razón… Acertaste en lo de la botella de *whisky*.

—¿Quién se encargó de hacer el trabajo?

—Un mozo del Randy Star… Cobró cinco mil dólares.

—Su nombre.

—¿Para qué?

—Por si necesito hacer la comprobación.

—Rex Wolfe.

—¿Era tu amante?

—Oh, no…, no lo era.

—¿Quién lo era entonces?

—No había nadie.

—¿Jerry Chapell?

—¿Cómo quieres que te diga que Jerry Chapell y yo nunca nos entendimos?

—Entonces, era otro y quiero saber quién es.

Ella movió la cabeza, en sentido negativo.

—Escucha, Hilda, ibas a matar a Ronald por dinero, pero también el amor tenía que estar por medio. ¿Quién era el hombre? Dímelo de una vez; no podemos perder el tiempo. Ya has empezado a hablar y ahora no quiero que te detengas.

La joven, tragó aire.

—Richard Rooney.

—¿A qué se dedica?

—Ahora no trabaja en nada; fue viajante de una casa de herramientas agrícolas, pero lo despidieron hace cosa de tres meses.

—¿Cuál es su dirección?

—Calle River, 87. Es un *bungalow* con un jardín.

—¿Desde cuándo erais amigos?

—Desde hace dos meses.

—¿Cuándo ibais a intentar de nuevo matar a Ronald?

—Hoy. Ronald pensaba ir al hipódromo. Rooney le habría matado allí, en el subterráneo. Richard es un buen lanzador de cuchillos…

—Ronald me habló, antes, de que había suspendido su visita al hipódromo.

—Ya lo he supuesto.

—Es curioso el destino, Hilda. Ibas a matar a tu esposo impunemente, pero resulta que estás aquí, encerrada por un crimen que no has cometido. Deberías sacar la lección.

—Es cierto, Jim, pero nadie puede cumplir una condena en nombre de otro… No maté a Chapell… No le maté…

—Está bien, Hilda. Continuaré mi investigación.

* * *

Crowley subió al porche de la casa número 87 de la calle River y apretó el botón del timbre.

Poco después, se abrió la puerta.

Apareció en el hueco la figura de un hombre joven, de cabello rubio y rostro bien parecido.

—¿Richard Rooney?

—Sí, soy yo.

Jim enseñó su credencial.

—Quisiera hablar con usted.

—Pase, señor Crowley.

Entró en el *living*. Sobre un sillón, había un periódico doblado por la primera página. En ella aparecía una fotografía de Hilda Madden.

—¿Qué impresión le ha producido leer ese crimen, Rooney? —preguntó Jim.

—No mucha, la verdad… No me entusiasman los delitos de sangre.

—¿Ni siquiera cuando la culpable es su amante?

El rubio pestañeó.

—¿Qué quiere decir?

—Lo sé todo, Rooney.

—Explíquese, señor Crowley. No le entiendo una sola palabra.

—Vengo de hablar con Hilda. Ella me hizo una confesión

completa.

El rubio esbozó una sonrisa.

—Le aseguro que no sé de qué me habla.

—Fuera máscaras, Rooney. No voy a meterme con usted… Tal como están las cosas, lo del intento de asesinato quedará olvidado.

—¿Qué intento de asesinato?

Crowley dejó ir su puño derecho.

Sonó un restallido, cuando entró en colisión con la cara de su interlocutor, el cual cayó en el sillón.

—¡Maldita sea! Crowley, ¿por qué me pega?

Jim avanzó sobre él y alargó la mano cogiéndole por el cuello de la camisa.

—Rooney, no quiero quebrarle un hueso; pero, si se empeña, le mandaré al hospital, por unas cuantas semanas.

—Usted debe haberse escapado de un manicomio.

—Rooney, tú eras el amante de Hilda. Juntos os confabulasteis para matar a su esposo, a Ronald. La primera vez, ella quiso hacerlo por su cuenta, pagó cinco mil dólares a un mozo del Randy Star, Rex Wolfe. Pero, por una casualidad, el intento resultó un fracaso. Hoy ibas a hacerlo tú. Sólo tenías que llegarte al hipódromo, adonde había pensado ir. Allí, en uno de los pasadizos, le lanzarías un cuchillo.

Rooney se quedó con la boca abierta.

—Oiga, le aseguro que todo eso, para mí, es una fábula… Ni siquiera conozco a esa mujer. Nunca vi personalmente a Hilda Madden. Esta mañana compré, el diario. Es la primera vez que la veo, en esa fotografía…

Jim apretó los dientes.

—¿A qué te dedicas, Richard?

—Soy agente de seguros.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

—La Hamilton Company.

—Dime el número de teléfono.

Rooney se lo dio.

Jim dio un empellón a Rooney, lanzándole sobre el respaldo del asiento, y se acercó a la mesa ratona. Allí marcó el número de la Hamilton. Le atendió una voz varonil.

—Oiga, quiero hablar con Richard Rooney.

—No trabaja en la oficina… Es un agente que realiza su trabajo en la calle… Si quiere hablar con él, ha de hacer su llamada por la mañana, entre diez y doce.

—¿Desde cuándo trabaja el señor Rooney ahí?

—Unos tres años.

Jim había colgado ya, cuando se abrió la puerta. En el umbral apareció una joven de unos veintitrés años, cara picaresca, muy mona.

—Hola, Richard, ¿no estás todavía preparado?

—Llegó un amigo que me entretuvo, Lisa… Te presento al señor Crowley.

—¿Cómo está, señor Crowley? —dijo Lisa y, sonriente, alargó la mano a Jim.

Crowley se la estrechó haciendo una ligera inclinación con la cabeza. Luego, Lisa se dirigió hacia el rubio.

—Richard, he recibido hoy una carta de mis padres. Dicen que vendrán para nuestra boda… Definitivamente, ha de ser el día 23. Papá sólo puede desatender su negocio por veinticuatro horas. Ya le conoces.

—Sí, Lisa —dijo Rooney y miró a Crowley.

Jim se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Tengo que marcharme —dijo—. Enhorabuena a los dos.

Se dirigió a la puerta y Rooney le acompañó. Salieron los dos al porche.

—Usted sufrió vina confusión, Crowley —dijo el rubio.

Jim emitió un gruñido y cruzó el jardín, hacia la calle.

* * *

—¿Por qué me mentiste, Hilda? —Disparó Jim, apenas la matrona se hubo retirado.

—No te mentí. Te dije la verdad, Jim… ¿Qué pasa?

—Richard lo negó todo.

—Lo imaginé.

—Llegó a probar que no te conocía. Trabaja en una casa de seguros y tiene una novia con la que se va a casar; una chica pelirroja, llamada Lisa.

—¿De qué estás hablando…? Eso es absurdo. Richard no tiene

ninguna novia. Tampoco trabaja en esa casa de seguros… Te digo que no hacía nada…

—Me dijeron que trabaja con la Hamilton desde hace tres años.

—Pero si él, hace tres años, estaba en Nueva York…

—Descríbeme a Richard.

—Es alto, de cabello rubio.

—¿Cuál es su talla, exactamente?

—Un par de pulgadas más alto que tú.

—No, Hilda. Richard es más bajo que yo. Me llega aproximadamente por las cejas.

—Conozco bien a Richard… Te repito que es más alto que tú.

—¿Cómo es su cara?

—Muy guapo.

—¿Cuál es el color de sus ojos?

—Azules.

—No. Son negros.

—Jim, he visto muchas veces los ojos de Richard… Te repito que son azules.

—¿Tienes alguna fotografía de Richard?

—¿Cómo quieres que tenga una fotografía de él…? ¡Espera, Jim, ahora recuerdo…! Nos hicimos una, aunque yo no la tengo. Fue en un pabellón de tiro al blanco que hay en una casa de entretenimiento de la calle Monroe… Ocurrió hace tres semanas. Ya sabes, se dispara con un rifle, y, si se da en el blanco, la cámara con que está combinada la diana, hace la placa… Richard se quedó con la fotografía. Quizá, si vas a ese local, puedas conseguir una.

—Tienes que acordarte exactamente del día en que ocurrió eso.

La joven cerró los ojos y permaneció un rato pensativa. Al fin los abrió, haciendo chasquear los dedos.

—Ya recuerdo. Fue el 14 del mes pasado.

—¿Estás segura?

—Absolutamente, Jim.

* * *

—¿Dice el 14…?

—Sí, amigo, y ella es esta mujer.

Jim mostró la fotografía de Hilda, que se insertaba en la primera

página del diario.

El hombre que le atendía estaba por los cincuenta años y se cubría con una blusa floreada y pantalones color marrón.

—Por regla general, los interesados se llevan la fotografía. Nosotros no guardamos copla, salvo en el caso de que sea una foto curiosa y se pueda exhibir como propaganda… Desde luego, yo no recuerdo a la dama ni tampoco al caballero… ¿Miró usted ya en la exposición que hay en la vitrina?

—Sí, pero allí no está.

—Bueno, buscaré entre las demás. Cada tres o cuatro meses, tenemos que quemar las antiguas, para dejar paso a las más recientes.

Jim sacó un billete de cinco dólares y lo puso en la palma del hombre, para que hiciese su búsqueda con interés.

Jim le vio meterse en una habitación. Encendió un cigarrillo y lo estaba acabando cuando el hombre salió por el hueco.

—Ha tenido suerte, amigo. Aquí está. Es la misma mujer. Salió perfectamente. ¿Sabe que la podría vender a los periodistas?

Jim le alargó otro billete de cinco dólares.

—Bueno, es suya —dijo el hombre.

Jim tomó la fotografía y tuvo la impresión de que le pegaban un mazazo en la nuca.

Allí estaba Hilda Madden y a su lado un hombre que estaba disparando el rifle al frente. Era muy guapo y tenía ojos claros. Pero aquel hombre no era el Richard Rooney que él había Conocido en la casa número 87 de la calle River.

* * *

Jim Crowley estaba fumando al lado de un árbol.

Ya había caído la noche.

Desde allí, el *bungalow* se ofrecía a sus ojos como una mancha oscura.

De pronto unos faros iluminaron la calle. Un coche se acercaba rápidamente.

El vehículo estacionó junto al bordillo de la acera, justo en el número 87.

Jim vio salir del coche al rubio con el que había hablado aquella

mañana.

Rodeó el árbol y echó a andar sin hacer ningún ruido, porque sus zapatos estaban provistos con suela de crep.

Richard guardó las llaves de contacto y penetró en el jardín.

Jim se dio prisa para alcanzarle cuando abría la puerta.

El rubio fue a volverse, al sentir una mano sobre su hombro, pero entonces Jim le propinó un empellón, metiéndolo en la casa.

Crowley dio vuelta al conmutador de la luz y cerró a sus espaldas.

Se volvió bruscamente y quedóse mirando con asombro a Jim.

—Hola, muchacho —dijo Crowley—, ya me tienes otra vez aquí.

—¡Eh, oiga! Me cansó esta mañana con sus monsergas.

—¿Quién te pagó para que cerrases la boca?

—No sé de qué me habla.

Jim avanzó sobre él.

El rubio le tiró el puño a la cara, pero Jim lo esquivó fácilmente y le replicó con un zurdazo al estómago.

Su rival se dobló en dos hacia adelante y se derrumbó en el suelo, hecho un ovillo.

Jim le asió por la solapa de la americana y lo levantó, abofeteándole la cara.

—¿Quieres recibir lo que no te di esta mañana, Richard?

—¿Qué quiere saber?

—¿Quién era el otro tipo rubio, el amigo de la señora Madden?

—Su nombre es Prescott York y fue un condenado bastardo, por haber utilizado mi nombre. Lo hizo sin mi consentimiento… Yo no sabía nada.

—¿Quién te pagó por callar?

—Nadie. Usted me asustó esta mañana, cuando empezó a decir que yo tenía relación con esa mujer que mató a Jerry Chapell… Es verdad lo que le dije. No la había visto en mi vida, pero de pronto me di cuenta de lo que debía haber pasado. Prescott utilizó esta casa cuatro o cinco veces, me pidió la llave y pensé que él podía haber recibido aquí a la señora Madden… Usted me dio la pista para imaginar todo eso… Me voy a casar con una buena chica, usted la conoció. Por eso no quise decirle nada. No quería verme envuelto en el lío… El padre de Lisa es rico. Tiene un aserradero en Las Vegas. Si mi nombre apareciese en los diarios, envuelto en un

caso de asesinato, él impediría nuestra boda.

—¿Dónde está Prescott?

—No lo sé.

—Dices que era tu amigo.

—Nos conocimos en un bar de la calle Bonanova… Fue hace cosa de cinco o seis meses. Coincidimos allí alguna otra vez… Bueno, la verdad es que la corrimos juntos con un par de muchachas, usted ya sabe lo que pasa… Fue por lo que me pidió la llave. Me dijo que tenía relaciones con una mujer casada… No debí hacerlo. Cometí ese error.

—Prescott viviría en alguna parte, en un hotel, en una pensión.

—No me lo dijo.

—¿De dónde era él?

—Creo que lo dijo en cierta ocasión… Sí, se refirió a Salt Lake City, pero no agregó más. Estoy seguro de que fue Salt Lake City.

—No me gustaría nada que me engañases otra vez.

—No le engañé, ni antes ni ahora. Ya le he dicho que si no le hablé de Prescott fue por no relacionarme con un caso de asesinato… No tengo nada que ver con eso… Se lo juro.

—Si esta vez me la juegas, volveré por aquí y entonces ya puedes estar seguro de que no te casarás el día 23.

—Por lo que más quiera, señor Crowley, no hable de mí a la policía, ni a los periodistas…

—Guardaré silencio, si me has dicho la verdad.

—Le juro que no le he mentido.

—¿No te habló nunca Prescott de la señora con la que se veía aquí?

—Se refirió a ella, como a una muchacha estupenda. Según él, lo tenía todo, belleza y seducción. Y, por la foto, he visto que no se equivocó… Demonios, ese Prescott sabía cómo arreglárselas para engatusar a piezas de esa clase.

Jim dejó libre a Richard y se dirigió hacia la puerta.

Salió sin despedirse.

* * *

—Quiero hablar con el señor Pete Williams —dijo Jim a la mujer de cabello color ceniza, que le abrió la puerta.

Era la casa número 223 de la calle Abedul, justo la que estaba al lado de aquélla donde Jerry Chapell había sido muerto por dos disparos de pistola.

—Lo siento, pero, no puede hablar con Pete.

—¿Está enfermo?

—No, emprendió viaje.

—¿Adónde fue, señora?

—No lo dijo. ¿Es usted de la policía?

—No. Sólo un detective privado. Jim Crowley. Me interesaba mucho hablar con su esposo.

—No es mi esposo. Es mi hermano.

—Perdone, pero quiero hacerle unas preguntas. ¿Estaba usted en la casa cuando sonaron los disparos?

—No, yo no estaba aquí. Me encontraba en la oficina.

—¿Cuál es la profesión de su hermano?

—Es pintor. Trabajaba en casa.

—¿Quizá se fue a pintar a alguna parte?

—Se llevó sus útiles, pero le repito que no dijo adónde iba.

—¿A qué hora se marchó?

—Hace aproximadamente dos horas. Discúlpeme, señor Crowley, pero tengo la cena al fuego.

La mujer entró en la casa y cerró la puerta.

Jim permaneció unos segundos inmóvil y, finalmente, dio media vuelta y se marchó de allí.

CAPÍTULO VIII

Ronald Madden estaba sentado en un sillón y parecía muy abatido.

—Hola, Jim. ¿Qué has hecho, durante las veinticuatro horas que no nos hemos visto?

—Anduve por ahí, de un lado a otro.

—Yo también me moví mucho. No fue fácil conseguir los servicios del mejor abogado criminalista de California. Es Dave Brock. Al principio, no quiso saber nada del caso.

—¿Por qué?

—Considera a Hilda culpable… Tuve que darle
25 000
dólares adelantados, para que consintiese en defenderla.

Jim se llegó a la bandeja y se preparó un vaso con *whisky*.

—¿Bebes tú, Ronald?

—No, gracias. Ya bebí demasiado hoy. Dicen que se bebe para olvidar, pero yo no lo conseguí. Todo lo contrario… Jim, quiero a mi esposa… La llevo metida en la sangre… Hay que hacer algo por salvarla. No me resigno a la idea de que la pierda para siempre.

—No la perderás para siempre.

—Te comprendo, tú crees que no la condenarán a muerte, que se limitarán a imponerle una condena temporal, diez o doce años… Pero ¿crees que será lo mismo, cuando ella salga…? Tú eres un detective y estás al corriente de esas cosas. ¿Qué pasa con una mujer que está en la cárcel durante algunos años…? Salen deshechas.

—Sí, Ronald, he visto algunas; pero, cuando dije que no la perderás para siempre, me referí a que puede salir en libertad.

—¿En libertad?

—Sí. Bastará para ello proclamar su inocencia.

Los ojos de Ronald parpadearon.

Jim llevó el vaso a los labios y bebió un trago.

—No te comprendo, Jim… ¿Quieres decir que ella no mató a Jerry?

—Exactamente.

—Por todos los santos del cielo, Jim, dime que no me engañas.

—Nunca miento a un cliente, cuando hablo de inocencia o culpabilidad.

—Si mi mujer no mató a Jerry, ¿quién lo hizo?

—Tú, Ronald.

Se hizo un silencio en la estancia. Ronald parpadeó otra vez. Sus labios forzaron una sonrisa.

—Estás bromeando, ¿verdad, Jim?

—No, no bromeo, en absoluto. Fuiste tú.

—Oye, Jim, ¿es que estás borracho?

—No. Estoy la mar de sereno.

—Pero Jim, yo estaba contigo en esta casa, cuando mataron a Jerry. Almorzamos juntos… No me moví, de aquí, desde que me levanté… Ha quedado establecido que Jerry murió a las once de la mañana. ¿Vas a negar que a esa hora estaba contigo?

—No, no lo voy a negar.

—Entonces, ¿por qué infiernos me acusas?

—Tú pagaste al hombre que lo hizo y montaste todo el tinglado.

—Debes estar loco, Jim… No me decepciones… ¿Qué clase de detective eres tú?

—Lo pensaste mucho tiempo, Ronald. Tenías que castigar a Hilda, desde que te informaste de que ella te era infiel. Quizá pensaste al principio en matarla, pero de pronto te diste cuenta de que podías hacer la gran jugada. Odiabas con todas tus fuerzas a Jerry Chapell. Según el contrato de sociedad que habíais convenido, si uno de los dos socios moría, el otro quedaba dueño de la totalidad del negocio. Ése fue el plan que urdiste. Un asesino, pagado por ti, mataría a Jerry Chapell, pero sería tu mujer quien cargaría con la culpa. Quizá te habrías tomado más tiempo para realizarlo, pero las cosas se precipitaron, cuando intentaron envenenarte. Supiste, desde aquel momento, que se trataba de tu mujer. Había una lucha planteada entre vosotros dos. ¿Quién mataba primero a quién?

Jim hizo una pausa para beber otro trago.

Ronald estaba inmóvil, ligeramente doblado en el sillón.

—¿Cómo es posible que se te haya metido esa absurda idea en la cabeza, Jim…? Ya entiendo… Me dijeron que fuiste a ver a Hilda… También te enamoró.

—Es una chica muy bonita, pero no me enamoró.

—Consiguió que te pusieses de su parte… ¡Niégalo!

—No, no lo voy a negar. Consiguió que me pusiese de su parte, porque me convencí de que era inocente de la muerte de Chapell.

—¿Cómo sabes que era inocente…? ¿Cómo sabes que yo soy el culpable?

—No seas ingenuo, Ronald. Los hechos están demasiado claros… ¿Es que quieres que te los repita otra vez…? ¿Quién iba a ganar con la muerte de Jerry? Sólo tú.

—Hay otros que también ganarán. Jerry tenía negocios con otras personas e imagino que también ellos se convertirán en únicos dueños, después de su muerte… Tenía por costumbre incluir esa clase de cláusulas en sus contratos de sociedad.

—Pero no fue la esposa de ninguno de ellos, la que cargó con el asesinato de Chapell. Fue tu mujer… Y también da la casualidad de que Hilda había quebrantado su juramento de fidelidad.

—¿Crees que es la única esposa que ha sido infiel?

—No estamos juzgando aquí a las demás esposas, sino a la tuya y a ti mismo. Cometiste un error al pagar a Pete Williams para que dijese que tu mujer había entrado unas cuantas veces eh el *bungalow* donde había sido muerto Jerry. Ella no tenía nada que ver con Chapell. Su amigo era otro, el muchacho rubio que se hacía pasar por Richard Rooney. Apuesto a que también sabías eso y que el verdadero nombre de él era Prescott Tork.

—¡Vete al infierno, Jim! Estás desvariando… No sabes lo que dices… ¿Por qué te iba a traer aquí, desde Miami…?

—Necesitabas encontrarte con una persona, en el momento en que Jerry Chapell fuese muerto.

Ronald se echó a reír.

—Pero ¿qué tontería es ésa, Jim? Si yo hubiese necesitado una persona, ¿cuántas crees que tendría a mano, en Los Ángeles…? ¡Los hubiese traído por centenares o por miles…! ¿Por qué te elegí a ti, Jim?

—Porque yo era tu amigo y soy Jim Crowley, un detective privado, que logró alguna fama en Florida… ¿Quién podía dudar de mi testimonio…?

Se hizo un silencio entre los dos hombres.

—¿Qué vas a hacer, Ronald? —inquirió Crowley.

—Mi mujer ya tiene un buen abogado, el mejor.

—Eso ya lo dijiste antes. Tú sabes perfectamente que Dave Brock, con ser el mejor abogado criminalista del Estado, no podrá salvar a Hilda. El mismo te lo dijo. Sólo existe una forma de hacerlo. Bastará con que te presentes a la policía y les cuentes la historia.

Ronald se echó a reír. Lo hizo primero despacio y luego más fuerte, estremeciendo los hombros.

—Eres grande, Jim —dijo a trompicones—. De modo que, no hubo forma de pegártela…

—No, Ronald. No hubo modo.

—Mi enhorabuena. Eres un estupendo detective.

—No me halagues, Ronald. Tu plan sería muy bueno para ti, pero para mí resultó burdo. Debo confesarte que, desde un principio, sospeché de ti.

—¿Antes de emprender la investigación?

—Sí, Ronald. Antes de emprender la investigación.

—Eso se llama intuición, ¿verdad, Jim?

—Existen muchas formas de llamarlo. Instinto, intuición, sexto sentido. —Puedes elegir.

—Ahora creo que tengo ganas de beber.

El propio Jim se volvió y escanció *whisky* en un vaso.

Ronald se levantó. Ya no estaba envejecido.

Aceptó el vaso que Jim le alargaba.

—Por tu brillante cerebro —brindó.

—Gracias, Ronald.

Los dos bebieron y luego Jim sacó un paquete de cigarrillos.

—No, gracias —dijo Ronald—. Quiero fumar un habano. Creo que la ocasión lo merece… ¿No lo prefieres tú también?

Jim hizo un gesto negativo con la cabeza.

Después que ambos encendieron, Ronald dijo:

—Los dos tuvieron lo que merecían. Jerry Chapell era un miserable, ganaba el dinero a costa de mi sudor y en cuanto a mi

mujer… —se interrumpió, apretando los maxilares. Su cara fue surcada por un ramalazo de ira—. Me engañó con un cualquiera… ¿Lo oyes, Jim? Con el primer canalla que encontró por la calle y, encima de eso, quería asesinarme.

—Un crimen no justifica otro crimen.

—Oh, sí, eso está en los libros. Pero tú no estudiaste mucho, Jim. Desde los catorce años, tuviste que trabajar duro.

—Luego quise desquitarme y estudié cuanto pude.

Ronald le palmeó el brazo.

—Bueno, Jim; todo salió bien.

—No, Ronald, no te salió bien.

—¿Por qué no?

—Yo sé que tú eres un asesino.

—Eh, chico, no lo digas con esa cara. Quité del medio a un bicho. Respecto a Hilda, no la matarán… ¿Qué menos merece, por engañarme, y haber intentado asesinarme…? Anda, dímelo… ¿No es justo? Cada uno tuvo su castigo.

—Tú no podías ser juez de ninguno de ellos, especialmente cuando a Jerry Chapell le condenaste a perder la vida.

—Oye, muchacho, ¿sabes lo que vamos a hacer tú y yo…? Irnos esta noche de juerga… Recordaremos los buenos tiempos… Naturalmente, no será aquí, en Los Ángeles. Me conoce demasiada gente. Pero nos iremos a San Bernardino. Allí hay un club donde sólo entra la gente de dinero. No tendrás que pagar nada, Jim; todo corre de mi cuenta y lo pasaremos en grande… Hay lindas chicas, como a nosotros nos gustan… ¿Te acuerdas de aquellas dos italianas que encontramos en Nápoles? ¡Infiernos! Se me han olvidado los nombres, pero tú las tienes que recordar…

Jim estaba mirando la ceniza de su cigarrillo.

—No voy a ir contigo a San Bernardino, ni a ninguna parte.

—Ya entiendo, te quieres volver a Miami.

—Tampoco. Me quedaré aquí —alzó la vista. Voy a hacerte pagar lo que has hecho.

Ronald entornó los ojos.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Te lo repetiré con otras palabras. Te entregaré a la policía.

—No te comprendo, Jim… ¿Sabes quién soy…? ¿Es que necesitas que te lo diga? Soy Ronald Madden, tu mejor amigo, el

tipo que fue carne y uña tuya, en el ejército.

—Sí, Ronald… Tú y yo fuimos inseparables. Nunca tuve un amigo como tú. Por ti, habría sido capaz de cualquier cosa y por eso vine inmediatamente que recibí tu telegrama.

—Bravo, Jim, así me gusta que hables.

—Pero no haré por ti eso.

—¿El qué?

—Guardar el secreto de tu crimen.

—Oye, Jim, ¿sabes que me estás cansando?

—Tú ya me cansaste a mí antes. Abusaste de mi confianza.

—Eh, Jim, no digas eso. Te habría informado de todo, si no lo hubieses descubierto.

—¿Qué es lo que me habrías dicho? ¿Que habías ordenado la muerte de Jerry Chapell, haciendo recaer la culpabilidad en Hilda?

—Seguro, Jim… Todo fue una diversión… Es así como lo debes tomar, muchacho; igual que yo.

—Ronald, ¿cómo es posible que hayas podido cambiar tanto…? Estás hablando de seres humanos… Has matado a un hombre…

—Claro que puedo hablar así. Un hombre ha de defenderse y es lo que yo he hecho; defenderme del tipo que me explotaba, defenderme de mi mujer que me engañó, que había decidido matarme…

—Me estoy preguntando si no eres tú el que se ha vuelto loco…

—Estoy muy cuerdo, Jim. Puedo asegurártelo… Admito que he cambiado desde que nos separamos; pero entonces éramos unos jovenzuelos. Ahora somos hombres maduros y sabemos lo que queremos y cómo conseguirlo.

—Ya entiendo, eres de los tipos que no reparan en medios, con tal de llegar a un fin.

—Jim, la vida me ha hecho así.

—Siento lástima por ti, Ronald.

—No digas eso, Jim.

—Siento piedad, te guste o no.

Ronald proyectó el maxilar inferior hacia adelante.

—¡Maldita sea! Jim. No quiero que digas eso… No lo digas.

—¿Cómo te las arreglaste para que Jerry Chapell fuese sólo al *bungalow*, sin su matón?

—Fue la mar de sencillo. Jerry recibió una llamada de una

mujer. La elegí bien, para que su voz fuese como la de Hilda.

—Ya comprendo, una cita de amor.

—Sí, Jim —sonrió Ronald—. Cupido siempre rinde beneficios cuando se saben manejar bien las flechas.

—¿Qué has hecho con Prescott?

—No sé nada de ese tipo.

—No te creo. Estoy seguro de que también le has retirado de la circulación.

—Jim, no deberías pensar esas cosas de mí.

—Deja el cinismo a un lado, Ronald. Te sienta muy mal.

—Como tú quieras.

Jim aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Me marcho ya.

—¿Vas a ir con el cuento a la policía?

—No, no puedo.

—¿Por qué no?

—No tengo pruebas. Mi declaración no serviría para nada.

Ronald se echó a reír.

—Decías, hace un momento, que me lo ibas a hacer pagar…

—Sí, Ronald. Y no descansaré hasta conseguirlo; pero necesito aportar las pruebas que sirvan para condenarte.

—No seas estúpido. No vas a encontrar nada. Até todos los cabos y me aseguré bien de que no dejaba ninguno suelto…

—Tengo experiencia respecto a criminales, Ronald. Todos creen que hacen las cosas a la perfección, pero de pronto aparece algo que no tuvieron en cuenta.

—Yo lo tuve todo en cuenta.

—Eso ya lo veremos.

Crowley dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Párate ahí, Jim!

Crowley se detuvo, observando a Madden.

—Quiero que me hables en serio, Jim. ¿Vas a luchar contra mí…? ¿Contra tu amigo Ronald…?

—Sí. Estoy decidido a ello. Lo estaba antes de entrar en esta casa.

Ronald le apuntó a la cara con el dedo índice.

—Jim, te estás buscando un lío. No te tengo miedo, pero me disgusta enormemente que te pongas a la otra parte, que te

enfrentes conmigo… No puedo soportar la idea de que me traiciones.

—Eres muy gracioso, Ronald; pero, de nosotros dos, el único que cometió una traición fuiste tú.

—Grandísimo cabezota, ven aquí de una vez. Te firmaré un cheque por tus cochinos veinticinco mil dólares y te largarás a Miami… Anda, dime cuándo ganaste dinero más fácilmente, a cambio de nada.

—Nunca me gustó el dinero fácil.

—¿De qué clase de barro estás hecho, Jim? ¿Es que no comprendes que no vas a adelantar nada…? Todo está en contra de Hilda… Es una condenada embustera. Siguió mintiéndome en la cárcel, cuando me dijo que había recibido una llamada de aquel desconocido. La había amenazado con denunciarme a la policía, si no iba a la calle de Abedul… ¿Es que vas a defender a una fulana como ella? ¿Habrías preferido quizá que ella me matase…?

—No, Ronald. Pero ella, con todos sus defectos, no llegó a matar y tú sí lo hiciste.

—¿Cuánto quieres? ¡Maldita sea! Anda, suéltalo de una vez… ¿Te bastan treinta mil, o me vas a pedir cincuenta de los grandes…? ¡Pero no aprietes demasiado! ¡Yo no soy un millonario!

—Guárdate el dinero, Ronald.

—¿Es que no lo quieres?

—No te admitiría un solo centavo.

Ronald se echó a reír.

—Miren al puro, al intocable Jim Crowley… Dense prisa, porque muy pronto puede morirse. —Ronald agrandó los ojos—. ¿Has oído eso, Jim? Puedes morirte muy pronto, ¿y sabes por qué?

—Lo imagino. Uno de tus hombres me matará.

—Sí, eso es lo que puede llegar a ocurrir.

—Correré el riesgo.

Jim reanudó su camino hacia la puerta.

—¡Jim, no lo hagas! —gritó Ronald, con los ojos desorbitados—. Si no quieres mi dinero, allá tú. Pero no te cruces en mi camino. Te aconsejo que no lo hagas, Jim… Yo no amenazo nunca en vano… Si me desobedeces, juro que jamás volverás a Miami… ¿Lo oyes, Jim? ¡Jamás…!

CAPÍTULO IX

Jim Crowley entró en aquel bar. Su nombre era Morongo y la clientela estaba compuesta por la bohemia de Los Ángeles. Allí había pintores, novelistas, poetas. La mayoría de ellos se cubrían con extrañas indumentarias. Predominaban los jovenzuelos provistos de rubias barbas y las muchachas esbeltas que se cubrían con *shorts* y que mostraban al aire sus esbeltas y bonitas piernas.

La atmósfera estaba llena de humo.

Al fondo del local, un pianista deslizaba perezosamente sus dedos por el teclado.

Jim subió a un taburete y pidió un *whisky*, a un mozo, que también necesitaba un afeitado.

De pronto, sintió que le tiraban de la manga. Al volverse, vio a una bonita chica que le sonreía.

—¿Por qué se hizo esperar tanto?

Ella podía tener diecinueve años y era morena, boca de labios muy rojos. Se cubría con un jersey blanco y, como las otras muchachas, con *shorts* azul marino. Sonreía encantadoramente, mostrando unos dientes blancos y bien alineados.

—¿Debí venir antes? —preguntó Jim.

—Es tal como me dijeron, olvidadizo —repuso la muchacha—. Ande, coja su *whisky* y venga conmigo… Tengo una mesa del rincón. Allí estaremos tranquilos.

Jim no tuvo inconveniente en alcanzar el vaso y seguir a la joven.

Tomaron asiento ante una mesa, donde había un vaso con restos de café con leche.

—¿Beberá algo? —invitó a la joven.

—No, gracias; prefiero que hablemos sobre lo nuestro.

—Muy bien —dijo Jim, sin saber de qué se trataba.

—Me alegré mucho de que un hombre como usted dedicase una crítica tan halagadora de mi tesis.

—Yo soy así, señorita.

—Estoy de acuerdo con usted en que el esquema básico debería haber sido más objetivo. Pero debe tener en cuenta que tuve que hacer un gran esfuerzo para llegar a la elevación cualitativa de la realidad, enteramente nueva, partiendo de la unidad armónica.

—Cuidado, respire.

—¿Eh?

—Es peligroso decir todo eso de un tirón, sin llenar los pulmones de aire.

—¡Oh! Señor Massner, no sabía que también hiciese chistes.

—Sólo durante las horas impares, de los días con luna menguante.

—Perdone, no le he preguntado por su mujer…

—Está muy mal.

—¿Cómo?

—Murió.

—Pero, señor Massner, si hablé yo con ella, por teléfono, esta mañana…

—¡Infiernos! Ya me distraje otra vez.

La joven le miró sorprendida y, de pronto, se echó a reír.

—No sabía que fuese usted tan bromista, profesor.

—Ni yo que fuese usted tan bonita. Tendrá que repetirme su nombre, no lo recuerdo.

—Mónica Green.

—¿No vino con su novio?

—No tengo novio.

—¿En qué están pensando los chicos de hoy…?

—Señor Massner, si le oyesen en la Universidad, difícilmente reconocerían en usted a nuestro más famoso filósofo.

—De vez en cuando, conviene despejarse un poco, Mónica.

En aquel momento se oyó junto a la mesa un fuerte carraspeo. Los dos jóvenes alzaron la cabeza y vieron, ante ellos, a un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy delgado, que usaba lentes de alta graduación y exhibía corbata de lazo.

—Perdone, señorita, pero me acaban de decir en el mostrador

que es usted Mónica Green.

—Sí, desde luego.

—Soy el profesor Stephen Massner —dio un taconazo, al tiempo que inclinaba la cabeza.

La joven se quedó con la boca abierta y, de pronto, miró a Jim.

—¿Quién es usted?

—El de los chistes durante la luna menguante.

—¿Cómo se ha atrevido a acercarse a esta mesa?

—Eh, Mónica, no se ponga de mal humor, recuerde que fue usted quien me cogió en el mostrador, con un guiño, y me trajo hasta aquí.

El profesor Massner arrugó el entrecejo.

—Señorita Green, debo decirle que no he venido a este lugar para perder mi tiempo.

—Perdone, profesor, ha habido un mal entendido —contestó la joven, muy nerviosa.

Jim se puso en pie.

—Quizá nos veamos otro día, Mónica. Este bar me gustó mucho.

—No intente hablarme otra vez, quien quiera que sea usted.

Crowley la obsequió con una sonrisa, al profesor con una reverencia, y regresó al mostrador.

Bebió su *whisky* a pequeñas dosis y encendió un cigarrillo.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó al mozo que le había servido.

—Danny.

—Quisiera hablar con Pete Williams, Danny. Es un pintor.

—Sí, ya lo sé. Le conozco, pero hoy no vino por aquí.

—Quizá esté alguien que le conozca bien.

—Sí, vi por ahí a Maudie Ritter.

—¿Quién es Maudie Ritter?

—La novia de Pete. Una pelirroja que trabaja como modelo… Está en aquella mesa contra la pared, debajo del reloj.

Jim miró en la dirección que el mozo le señalaba y vio a Maudie. Estaba por los veinte años y era muy bonita de cara. Se cubría con un jersey negro, de escote redondo. Estaba sentada, en compañía de un muchacho de cabello muy negro.

Jim pagó al mozo y agregó un dólar de propina.

Saltó del taburete y se dirigió a la mesa donde se encontraba la pelirroja.

—¿Maudie? —dijo, al llegar.
—¿Nos conocemos?
—No. Sólo me llegué aquí en busca de Pete Williams. No le encontré y me dijeron que eres su novia.
—Pete me hizo una llamada esta tarde, para decirme que se marchaba.
—¿Adónde?
—Lo ignoro.
—¿Acostumbra a marcharse así?
—Nunca dice dónde va. ¿Para qué le busca?
—Soy coleccionista y me interesé por uno de sus cuadros.
—¿Por cuál?
—El de las ninfas sorprendidas por los faunos en el bosque.
—Pete nunca pintó ese cuadro.
—Bueno, quizá fue otro del que me hablaron. Siempre me confundo.
—Es usted un extraño coleccionista.
—¿No podría ayudarme para dar con el paradero de Pete? Es importante.
—¿Para quién?
—Para él, naturalmente.
—No le creo una palabra; pero ya le he dicho que no sé dónde está.
El muchacho del pelo negro habló por la comisura de la boca:
—Lárguese ya, amigo. Está molestando.
—Todavía no terminé.
—Le apuesto a que sí. Mueve las piernas y dejará de ganarse un mamporro.
Al mismo tiempo que decía eso, el muchacho disparó el puño contra la cara de Jim.
Crowley lo alcanzó por la muñeca e hizo una presión con el brazo, llevándoselo a la espalda. Todo fue muy rápido. El compañero de Maudie se dobló haciendo un gesto de dolor.
—Cuidado, me va a partir el brazo.
—Vete al mostrador y no te muevas de allí hasta que yo me aleje de Maudie.
—Y un cuerno.
Jim le levantó más el brazo.

—¡De acuerdo, míster!

Jim lo dejó libre y el joven dio un traspiés, yendo hacia el mostrador.

Jim ocupó la silla que había quedado libre. Maudie le estaba mirando, con ojos brillantes.

—¿Cómo lo hizo…? Arthur es rapidísimo… Nunca vi a nadie esquivarle un puñetazo.

—Resultó fácil. Fui infante de marina.

—Un bizarro mozo, por lo que veo.

—Maudie, continuemos con lo de Pete Williams. Ya te dije antes que es urgente que hable con él.

—No sea tonto y siga hablando conmigo —dijo la joven, y abanicó las pestañas al tiempo que sonreía.

—Eres una chica muy atractiva y me gustaría pasar un par de horas contigo, pero el tiempo me apremia.

—Sé dónde está Pete, pero no te lo diré.

—¿Por qué no?

—Si vienes a mi apartamento, te diré dónde puedes encontrar a Pete…

—Tengo un plan mejor. Tú me dices dónde está, y yo me llego a hablar con él. Luego, te haré la visita.

—No hay acuerdo.

Jim dio un suspiro y sacó del bolsillo un montón de billetes. Puso uno de a cinco sobre la mesa y lo empujó hacia el lado en que se encontraba Maudie.

La joven continuó inmóvil y muda.

Jim dejó caer otro billete de a cinco y lo unió al primero.

—Nena, soy un hombre que se gana la vida a pulso. No puedo hacer grandes inversiones…

Maudie atrapó los dos billetes y los hizo desaparecer en su escote.

—Está bien. Encontrarás a Pete en el hotel Big Lake.

—¿Dónde está eso?

—Muy cerca de aquí. Sólo tienes que salir y caminar cien yardas a la izquierda. Verás el anuncio de, neón enseguida.

—¿Sabes cuál es su habitación?

—La doce.

—Gracias, Maudie.

—Me encontrarás aquí cuantío quieras. Estoy siempre, a estas horas.

—Lo tendré en cuenta —dijo Jim, y se alejó de la mesa.

Pasó junto a Arthur, el cual le dirigió una mirada cargada de odio.

Mónica Green se encontraba ya sola y acercóse otra vez a ella.

—¿Qué te ocurrió, Mónica? Se diría que te cayó el techo encima.

La joven hizo un gesto de rabia.

—Es peor que si me hubiese ocurrido eso. Al profesor Massner le molestó que yo le confundiese con usted. Apenas me escuchó. Dijo que tenía mucha prisa…

—No perdiste nada. Parecía un tipo muy aburrido.

—¿Sólo se le ocurre decir eso?

—Bueno, también podría ofrecerme para acompañarte a casa, pero tengo mucha prisa, ¿sabes?

—No consentiría que me acompañase, aunque el mundo se hubiese quedado sin hombres. Usted me estropeó mi gran noche.

—Se me ocurre una idea, para disculparme.

Antes de que la joven pudiese decir nada, él se agachó y la besó en los labios.

Mónica agrandó los ojos.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Ya lo viste. Es mi forma de pedir perdón.

—Usted es un fresco… Sí, señor, un caradura… ¿Cree que no le vi con esa pelirroja teñida…? Seguro que ajustaron algo.

—Eh, chica, no te embales.

—Es un tipo de esa clase.

—¿A qué clase te refieres?

—A los que se aprovechan de cualquier circunstancia y nunca dicen no a una muchacha atrevida.

—Te equivocas, Mónica, pero ¿sabes una cosa? No te diría no a ti, aunque no seas una muchacha atrevida.

La joven fue a responder algo, pero Jim dio media vuelta y se alejó hacia la puerta.

Salió a la calle y echó a andar en la dirección que Maudie le había señalado.

Poco después, vio las luces de neón con que se anunciaba el hotel Big Lake.

Era un edificio descascarillado, de feo aspecto.

Jim empujó una hoja de vaivén y pisó la raída alfombra de un vestíbulo iluminado pobremente.

Detrás del registro, vio a un hombre de unos cincuenta años, de hocico saliente y ojo izquierdo que se encendía y se apagaba como el intermitente de un coche.

—¿A quién busca?

—A Pete Williams.

—Oh, sí, está en la habitación 12.

Jim subió por una escalera que le condujo a un estrecho corredor, con puertas a ambos lados.

Un hombre y una mujer discutían en una de las habitaciones.

Jim llegó ante la doce, puso la mano en el tirador y lo hizo girar.

La puerta obedeció a su impulso.

Pero en el interior no había un hombre, sino dos. Uno era moreno, de mediana estatura y orejas arrepolladas, y el otro más alto, pelirrojo, de nariz ligeramente torcida.

—¿Pete Williams? —dijo.

—Sí, amigo, aquí es —contestó el pelirrojo—. Pero él no está.

—Me dijeron que le encontraría.

—El muchacho se fue por los tejados, como un gato —dijo el pelirrojo, y señaló una ventana que estaba abierta.

—De modo que también le buscan ustedes.

—Seguro, hermano.

—¿Policías? —dijo Jim, por decir algo.

—No nos lastime, hermano.

El moreno tenía la mano en la axila. Jim sabía que, si daba media vuelta, aquel tipo sacaría la pistola y se pondría a pegar tiros. Sus ojos brillaban como brasas.

—Oigan, se me está ocurriendo una cosa.

—¿El qué? —preguntó el pelirrojo.

Jim dio unos pasos hacia ellos, mientras respondía:

—Sé dónde está Pete Williams.

—¿Dónde?

—Seguro que fue a casa de su prima, una nena con muchas curvas y con el cabello color caoba… Tenían que verla…

En aquel momento, disparó su puño contra el tipo moreno.

Hizo un pleno, porque el fulano recibió el golpe entre los dos

ojos y se derrumbó.

El pelirrojo no intentó sacar el arma. Trató de esquivar la izquierda de Jim y lo consiguió a medias, pero no pudo hacer lo mismo con el otro puño, que ya le llegaba a su cara.

Sonó otro chasquido y el pelirrojo voló hacia la cama, que aplastó como si fuese de juguete.

Jim alcanzó la pistola del pelirrojo y se la guardó en el bolsillo.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Eh, chicos —dijo—, no quiero veros otra vez en mi camino.

Bajó apresuradamente la escalera y ganó la calle, ante la asombrada cara del encargado del registro.

CAPÍTULO X

Minutos después, Crowley volvía a entrar en el bar de los bohemios.

Sus ojos y los de Mónica se encontraron.

Ella levantó la barbilla, en un gesto que quería ser despreciativo.

Jim le correspondió con una sonrisa y se dirigió a la mesa donde estaba Maudie, otra vez en compañía del muchacho de cabello negro. Éste saltó de la silla, apenas vio a Jim, y se retiró hacia el mostrador frotándose el brazo que Crowley le había retorcido antes.

—Estupendo —dijo Maudie—, ya acabó de hablar con Pete y ahora está libre.

—No, Maudie —repuso Jim—. Cuando llegué allí, hacía poco que había salido por la ventana.

—¿Eh?

—Tuvo que escapar. Pete está en peligro, Maudie. Se mezcló con gentuza. Un par de tipos se llegaron al hotel, en su busca. Esta vez, Pete logró burlarlos, pero quizá no ocurra en la próxima. Yo he de encontrarle antes que ellos. Es la única forma de que pueda salvarse.

—Pero yo no sé adónde puede haber ido…

—¿Por qué no a tu apartamento?

—Está bien. Iremos allá.

—Pero, antes, dime cómo es Pete Williams.

—Creí que le conocías.

—Nunca le vi.

—Cumplió, el mes pasado, veintinueve años. Mide uno setenta de talla y es de cabello color de la paja y ojos azul claro. Tiene la piel muy bronceada, porque pasa mucho tiempo al sol.

—¿Alguna marea?

—Sí, tiene una pequeña cicatriz, justo debajo del lóbulo de la

oreja izquierda. Se hirió de niño, peleando con alguien.

—Corriente, Maudie. Vamos a tu apartamento.

Éste se ubicaba en la dirección contraria al hotel Big Lake.

Subieron por una escalera, hasta el cuarto piso.

Maudie metió la mano en un jarrón que había contra la pared.

—La llave no está —dijo—. Pete la habrá tomado.

Jim abrió la puerta y entró, seguido de Maudie, pero allí no había nadie.

—Pete —exclamó Maudie, yendo hacia unas cortinas.

Jim fue con ella hasta el hueco de un dormitorio. La cama aparecía deshecha.

Maudie entró en un cuarto de baño y se volvió.

—No está.

De pronto, los ojos de Jim descubrieron un papel sobre la mesilla de noche. Fue allí y lo alcanzó con su mano derecha. Leyó en voz alta:

> «Maudie: Estaré donde tú ya sabes. Reúnete conmigo, pero no lo digas a nadie».

—Maudie, ¿cuál es ese lugar?

En aquel momento, algo golpeó contra la puerta y ésta se abrió bruscamente.

Jim ya tenía la pistola en la mano y, en una fracción de segundo, se puso a disparar contra los dos hombres que habían aparecido por el hueco, esgrimiendo sendas armas.

Se produjo un coro de estampidos.

Los dos tipos se contorsionaron, porque habían recibido plomo. Ellos también dispararon. Las balas se incrustaron en la pared y en el techo, faltas de dirección. Sólo una mordió carne, la de Maudie.

Los dos tipos se derrumbaron, quedando inmóviles.

Jim acudió al lado de Maudie, que estaba tendida en el suelo. En el pecho tenía un agujero del que le salía un hililllo de sangre.

—Llamaré a un doctor enseguida, Maudie.

—Creo que no hará mucha falta. —La joven se estremeció.

—¿Adónde fue Pete, Maudie? —preguntó Jim, sabiendo que a la joven le quedaba muy poco tiempo de vida.

—Salton Sea.

—¿En qué lugar de Salton Sea?

Los labios de Maudie se abrieron, dejando escapar el aire por entre los dientes. Luego, su cabeza se dobló.

Jim dejó el cuerpo de la joven en el suelo y echó a correr, bajando por la escalera. Quería escapar de allí, antes de que llegase la policía.

Un hombre abrió una puerta en un apartamento, pero la cerró enseguida, al ver aparecer a Jim con la pistola.

Crowley llegó a la calle y movió muy aprisa las piernas.

—¡Alto! ¡Párese ahí! —gritó una voz.

Jim echó a correr y dobló por la esquina.

Vio un automóvil que se estaba acercando al bordillo.

Jim abrió la portezuela y apuntó con la pistola al conductor.

Quedóse perplejo al ver que era Mónica.

—Aprieta el acelerador, nena. Rápido, antes de que me atrapen.

Mónica obedeció al instante.

Se oyeron dos estampidos. Una de las balas golpeó la carrocería.

—Conque es un forajido —dijo la joven.

—No, sólo un detective privado.

—¿Por qué, entonces, se lía a tiros en medio de la calle?

—Eh, chica. Yo no fui quien disparé.

—Su pistola huele a pólvora.

—Fui al apartamento de Maudie y allí me sorprendieron dos tipos. Los maté, pero no pude impedir que alcanzasen a Maudie.

La joven le miró, con los ojos agrandados.

—Ella murió —dijo Jim.

—Oh, pobre muchacha…

—Yo la había visto por primera vez esta noche, pero también lo siento. Y ahora tango más interés que nunca en castigar a la persona que está detrás de todo esto.

—¿Quién es?

—No hace falta que lo sepas.

—¿Por qué no?

—Podría resultar peligroso para ti.

Jim se dio cuenta de que no les seguían.

Mónica era una buena conductora y había sabido aprovechar la ventaja inicial.

—Déjame en la próxima esquina, Mónica.

—¿Quieres que te lleve a la policía?

—No, gracias.

—¿A alguna otra parte?

Jim la miró con el ceño fruncido.

—Eres muy servicial, pero te vas a apartar de todo esto.

—Tengo la impresión de que eres un hombre acorralado.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Por el brillo animal que tienen tus ojos.

—Gracias, por dedicarme esa palabra.

—En la Universidad estudié las reacciones de un grupo de cincuenta personas. Hice toda clase de experimentos con ellos.

—Como si fuesen conejillos de indias, ¿eh?

—Mi profesor se vale de la hipnosis para producir la sed, el hambre… y también en el miedo.

—¿Qué pretendéis con eso?

—Psicología experimental. Hasta ahora, sólo tuve oportunidad de estudiar las reacciones en el laboratorio.

—Creo que te entiendo. Pero ahora tienes la ocasión de estudiarlas en un animal de carne y hueso.

—Sí, creo que sería maravilloso.

—Siento decepcionarte, nena, pero no vas a venir conmigo.

—Estoy dispuesta a correr cualquier riesgo.

—Eres una chica muy bonita, pero este trabajo lo he de hacer yo solo. Te dije que detuvieses el coche. Hazlo en ese bar que tienes delante.

—Como tú quieras —suspiró la joven.

Detuvo el coche junto a la acera y Jim se volvió.

—Gracias por el viaje, Mónica.

Jim saltó del automóvil y cerró la portezuela.

—Echa a correr, Mónica —dijo con voz brusca.

La joven dio una sacudida con la cabeza y puso en marcha el vehículo.

Jim entró en el bar y, después de pedir un *whisky* en el mostrador, se introdujo en la cabina telefónica. Marcó un número y esperó a que descolgasen en la otra parte.

—Casa del señor Madden.

—Quiero hablar con el señor Madden.

—El señor Madden no puede atenderle.

—Claro que me atenderá. Dígale que le llama su amigo Jim… Aprisa, muchacho.

—Si, señor.

Mientras esperaba, encendió un cigarrillo.

—Jim, muchacho —oyó la voz regocijante de Ronald—. ¿Dónde te metiste?

—Ronald, has cometido otra canallada.

—¿Qué dices, Jim?

—Tus verdugos mataron a una muchacha inocente.

—No sé de qué me hablas, chico.

—Se llamaba Maudie y era la novia de Pete Williams.

—La muerte siempre es un espectáculo triste… Me conmueve, Jim, no lo puedo remediar.

—No sabía hasta qué punto te habías encanallado, Ronald. Ahora veo que estás dispuesto a todo…

—¿Sabes una cosa, Jim? Sigue en pie mi oferta. Veinticinco de los grandes y la paz entre nosotros dos. Por añadidura, la correremos juntos, tal como te decía, en San Bernardino… ¡Qué lindas mujeres! Jim… Te aseguro que es un espectáculo que vale la pena.

—Di en el clavo, Ronald.

—¿Sí?

Pete Williams es el testigo clave. Cuando lo encuentre, tendré bastante para mandarte a la cámara de gas.

La voz de Madden cambió bruscamente:

Escucha, hijo de perra. Tú no me la puedes jugar a mí.

—Te demostraré que te equivocas.

—Tú serías alguien en Florida… ¿Lo oyes, Jim? Pero aquí no eres nadie… Sólo un insignificante tipo, una hormiga a la que aplastaré con el pie, si se atreve a picarme… Deja eh paz a Peter Williams y seguirás viviendo.

—¿Qué te pasa, Ronald…? Estás nervioso y yo sé por qué… Me crees capaz de lograrlo.

—¿Qué estupidez es ésa? No lo conseguirías ni aunque viviésemos cien años… ¡Jamás me podrás hacer daño…! ¡Yo estoy muy alto, para que puedas alcanzarme!

Fue Jim, ahora, quien rió por el cable.

—Cálmate, Ronald… O darás una pobre impresión a los policías, cuando vayan a detenerte.

Oyó el jadeo de la respiración de Madden.

—Jim, tengo un montón de hombres metidos en este asunto. Echaré mano a otra docena, si es preciso… Les daré a todos ellos un par de órdenes y tú sabes cuáles son.

—Sí, Ronald. Lo sé. Serán dos órdenes de ejecución. Una para Pete Williams y otra para mí.

—Lo acertaste, chico.

—Gracias por el aviso, pero esta vez no habrá nada ni nadie que te salve, Ronald.

Inmediatamente, Jim dejó el auricular en la horquilla.

Bebió el *whisky* en el mostrador, pagó el importe y salió del establecimiento.

Quedóse inmóvil en la acera, al ver junto al borde el automóvil de Mónica.

La joven estaba al volante.

—¿Taxi, caballero? —dijo ella, con una sonrisa, por el hueco de la portezuela.

—¿A qué te crees que estamos jugando, nena?

—A buenos y malos.

—Yo estoy en el segundo grupo. De modo que lárgate.

—Tus facciones no corresponden a la descripción de ningún tipo de delincuente.

—¿Tú qué sabes? Una cosa es estudiar la delincuencia en un laboratorio y otra enfrentarse con los fulanos que no vacilan en apretar el gatillo.

—Muy bien, si estoy equivocada, éste es el momento en que podré rectificar.

—Quieres ayudarme, ¿eh?

—Sólo profesionalmente.

Jim titubeó un instante, pero al fin abrió la portezuela y se metió en el asiento delantero, junto a la joven.

—Corriente, Mónica, empieza a correr. Vamos a Salton Sea.

Capítulo XI

El pueblo de Salton Sea se ubicaba al norte del lago del mismo nombre.

Al oeste se veían las montañas de Santa Rosa y al este comenzaba enseguida el desierto.

El coche da Mónica corrió por la calle Mayor, que dividía en dos el centro del pueblo. Junto al bordillo de la acera, Jim vio un «Ford», modelo veinte años atrás, sobre el que había un cartel en el que se leía: «Contemple una puesta del sol en los montes Chuckwalla». Al volante, un hombre de unos sesenta años fumaba una pipa.

En la calle había una veintena de hoteles y otros tantos bares, algunos de ellos de reciente construcción.

Jim indicó a Mónica que estacionase ante el establecimiento llamado Palomar.

Se habían turnado en el volante, durante el viaje, y cada uno durmió un rato.

—Entra ahí y pide un doble almuerzo, Mónica. Volveré enseguida.

—¿Adónde vas?

—A preguntar por mi hombre —repuso Jim, y echó a andar por la acera.

Encendió un cigarrillo, cuando se acercaba al coche donde estaba el abuelo.

—Buenos días, amigo —dijo, apoyándose en el hueco de la portezuela.

El abuelo volvió la cabeza. Tenía ojos de mirada despierta.

—Hola, míster. Suba rápido y le llevaré en un suspiro a los montes Chuckwalla. No habrá visto otra cosa parecida en toda su

vida.

—Ya leí el cartel.

—Tiene suerte; hoy es mi cumpleaños… Le dejaré el servicio en diez, dólares.

—¿Cuál es su nombre, amigo?

—Gary Fruit, pero algunos me conocen con el nombre de Chuckwalla.

—Muy bien, Gary, vine aquí en busca de un amigo. Se llama Pete Williams.

—¿Pete…? Le conozco.

—Qué coincidencia.

—Hace años, yo le llevaba en este coche a los montes, le gustaba pintar aquellos paisajes… Bueno, siempre hay allí una veintena de pintores. Luego, Pete se compró su propio coche, pero muchas veces nos hemos encontrado por aquellos andurriales.

—Pete me dijo en Los Ángeles que hoy se llegaría por aquí.

—No le he visto.

—Quizá llegó esta madrugada.

—No vine de Chuckwalla hasta esta mañana a las ocho.

—¿Cuántos caminos existen para ir a los montes?

—Hay tres, pero hoy todo el mundo elige el que se inauguró hace un par de años. Las dos vías son caminos polvorientos.

—¿Dónde se aloja Pete Williams, cuando va a los montes Chuckwalla?

—Tiene una cabaña que compró hace cosa de cinco años. Podemos llegar allí en cosa de hora y media, sí «Eddie» se porta bien. —Al decir eso, dio una palmada en el volante.

Jim miró hacia el local llamado Palomar. Mónica no estaba a la vista.

—Corriente, Gary —dijo, entrando en el viejo «Ford».

El abuelo soltó una risita y puso en marcha el vehículo, que lo hizo emitiendo chirridos por todas partes.

—¿Llegará completo, Gary?

El viejo soltó una carcajada y lo hizo con mucha habilidad, porque la pipa continuó entre sus dientes.

—«Eddie» no corre tanto como los coches de ahora, pero ya puede estar seguro de que jamás dejó de cumplir con su obligación.

Cuando salieron del pueblo, Gary dobló por una carretera bien

asfaltada.

Al fondo, muy lejos, Jim vio unos montes con las cumbres nevadas.

—Ahí las tiene, amigo. Las maravillosas colinas Chuckwalla.

—Gary, quiero hacerle una pregunta. ¿Vio gente extraña por el pueblo, mientras estuvo en la calle Mayor?

—Llegaron una veintena de coches. Casi todos tripulados por gente joven, pintores, que van allá, como Pete Williams.

—¿Ningún tipo de mala catadura?

—No. Estoy seguro de que no. Tengo ojo clínico.

Corrieron un par de millas en silencio.

—Usted es detective privado.

—¿Cómo lo sabe?

—Le dije antes que tengo ojo clínico. He conocido a un par de tipos de su profesión. Uno era bueno y por eso no duró mucho. Le pegaron dos tiros en los intestinos… Fue en San Francisco. Lo leí en los diarios. Le llevé un par de docenas de veces a los montes, donde se entretenía pescando los días libres. Me contaba muchas cosas acerca de criminales. Como le digo, era un buen tipo… El otro resultó una mala persona. Era un pillastre de siete suelas. Se fugó con la mujer de un cliente y vino a pasar aquí la luna de miel. Pero resultó malo para los dos. El coche en que viajaban rompió la dirección y cayeron por un precipicio. El *sheriff* me llamó para identificar al tipo. Los dos habían quedado listos para meterlos en un pañuelo.

Un coche pasó zumbando por la izquierda.

Jim se fijó en los pasajeros. Eran dos muchachas que cubrían la cabeza con pañuelos.

—Deben ir a ciento veinte —dijo Gary—. Y es lo que pregunto yo, ¿por qué tanta prisa? ¿Qué le ocurre a Pete Williams? ¿Se metió en algún jaleo?

Pasaba de un tema a otro, sin apenas hacer pausas.

—Sí, abuelo.

—Es un muchacho muy impulsivo. Cada vez que viene aquí se trae una chica distinta… El *whisky* es terrible… Pete cambia mucho, cuando bebe. Una vez, dejó a una chica plantada en la carretera. Pete estaba borracho… ¿Se imagina lo que es caminar por este desierto, durante dos horas? Cuando encontré a la chica, estaba

deshidratada… Le canté unas cuantas verdades a Pete y él me soltó un puñetazo. Luego me pidió perdón… No me hizo mucho daño por fuera. Hay golpes que sólo duelen por dentro. Usted lo debe saber, parece un tipo muy entero… Si quiere beber un trago, encontrará un frasco en la gaveta.

Jim apartó unos papeles de la gaveta y encontró enseguida el frasco. Estaba casi lleno. Bebió un trago de *whisky*. Era muy fuerte.

Pasó el frasco a Gary, quien, conduciendo con una mano, bebió un par de dedos de licor.

Los montes, a lo lejos, se iban agrandando.

Les adelantó otro coche donde viajaba un hombre con sombrero «Stetson».

—Ahí va el ayudante del *sheriff*. No se fíe de él, si lo encuentra. Es una mala persona… Odia a todo el mundo. Su mujer se divorció de él. Shell estaba muy enamorado de ella. No pudo soportar aquello y descarga su ira en todos los que le rodean. El único que lo mete en vereda es su jefe, el *sheriff* Cordovan.

Jim se amodorró. Hacía mucho calor.

Pensó en Mónica, en que le estaría esperando en el bar Palomar. Deseó que la chica no se moviese de allí. Era muy atractiva. Nunca había pensado en casarse y, de pronto, imaginó a Mónica como su mujer. Rechazó enseguida la idea. ¿Por qué se le ocurría, ahora que estaba en peligro su vida? Ronald Madden no era de los que se echaban atrás. Tenía a su disposición un ejército de pistoleros y había ordenado su muerte.

¿Qué pasaría, si Ronald se saliese con la suya…?

Trató de recordar los viejos tiempos, cuando él y Ronald fueron enviados a Italia para prestar su servicio militar. De pronto, le vino a la memoria un incidente: aquel día en que Ronald dijo que le habían robado la cartera. Le echó la culpa a un negro, y sin darle tiempo a contestar, se abalanzó sobre él y lo tumbó de un puñetazo. El, Jim, tuvo que saltar sobre Ronald para evitar que marcase con su bota la cara del negro. Y luego resultó que Madden había depositado la cartera debajo del colchón.

Ahora, vio otra vez la cara de Ronald después de haberse lanzado contra el negro. Sus ojos brillaban llenos de odio, proyectado el maxilar inferior hacia adelante, los puños apretados… Aquél había sido el verdadero Ronald.

Pensó que, en aquella ocasión, Ronald habría sido capaz de matar al negro. Estaba seguro de ello.

Ronald era un peligroso asesino. Le dolía mucho reconocerlo, pero ya no tenía ninguna duda y debía acabar con él.

Se durmió, pensando otra vez en Mónica.

Una mano lo zarandeó.

—Eh, míster, ya llegamos.

El coche continuaba corriendo.

Gary señaló una cabaña que se alzaba en lo alto de una ladera. Por delante, había un muro a medio construir.

—Ésa es la cabaña de Pete Williams. Está ahí. Puede ver su coche al costado de la cabaña.

Jim vio el automóvil azul y blanco.

Gary hizo girar el volante y llevó el «Ford» hasta cerca del coche de Pete Williams, un «Chevy».

Los dos saltaron a tierra y, en aquel momento, se abrió la cabaña.

Pete apareció en el porche, manejando un riñe.

Jim se dijo que Maudie lo había descrito bien, ya que tenía el cabello del color de la paja y desde aquella distancia, unas diez yardas, podía ver sus ojos azules.

—Hola, Pete —saludó Gary.

—¿Quién es el tipo, abuelo?

—No me dijo su nombre todavía, pero vino para hablar contigo.

—Soy Jim Crowley, detective privado.

Peía se quedó un momento inmóvil y luego levanté el rifle.

—No me gustan los detectives privados.

—Respeto la opinión de los demás, pero necesito echar una parrafada con usted.

—Yo no, de modo que lárguese.

—Decida cuando le haya dado una noticia.

—No me interesa.

—Creo que sí, Pete. Maudie murió.

—¿Eh?

—La mataron dos tipos que fueron en su busca.

La, cara de Pete empezó a palidecer.

—No sé de qué me habla.

—Lo sabe bien, Pete. Usted huyó del hotel Big Lake. Se escapó

de allá por una ventana. Lo hizo muy a tiempo, porque des fulanos se llegaron para enviarle a la Morgue.

—Eso lo ha soñado usted.

Jim dio un suspiro.

—Oiga, Pete, estoy investigando la muerte de Jerry Chapell. Lo mataron en la casa vecina a la suya… Usted dijo que había visto otras, dos veces a la señora Madden entrar en aquel *bungalow*.

—Lo que dije estuvo bien dicho.

—No, Pete. Se limitó a repetir lo que le ordenaron. Naturalmente, le engrasaron con dinero.

Pete puso el dedo en el gatillo.

—Oiga, sabueso. Me está poniendo nervioso con su charla. Le dije que no quiero oírle más. Lárguese o le juro que le meto uña bala en el ombligo.

—Muy bien, me iré, pero le voy a decir algo. Lo mismo que yo le encontré, le encontrarán también ellos. Usted se ha convertido en un peligro para cierta persona, pero tienen una forma de arreglarlo. Estarán seguros cuando usted haya muerto.

—¡Maldita sea! —gritó Pete—. Márchese de una vez.

Jim lo vio con los ojos desorbitados y supo que, si no daba media vuelta, Pete haría fuego sobre él.

—Vámonos, Gary —dijo.

El abuelo emitió un gruñido y se dirigió hacia su coche.

Jim fue tras él y los dos volvieron a ocupar sus asientos.

Gary puso en marcha el «Ford» y éste trazó un semicírculo e inició el regreso por el camino por donde había llegado.

Cuando se alejaban, Jim vio que Pete continuaba en el porche, observándoles atentamente, con el rifle levantado.

—Bueno, ya terminó el viaje —dijo Gary—. Por el mismo dinero le puedo llevar a ver la cascada del Arco Iris.

—No me interesa, al menos en esta ocasión, Gary. Siga adelante y pare a doscientas yardas.

—¿Es que va a volver?

—Sí.

—Imagino que no servirá de nada, si le aconsejo lo contrario.

—Ese hombre es muy importante para, mí y para otra persona. Sólo yo puedo salvarle la vida.

—Pete es terco como una mula.

—Ya tuve ocasión de comprobarlo.

Gary sacó el coche de la carretera y lo introdujo por entre los abetos.

Cuando el vehículo se hubo detenido, Jim saltó fuera.

—Espere aquí, Gary.

—Cuídese. No quiero llevar su cadáver al pueblo.

Jim le contestó con una sonrisa y emprendió la marcha hacia la cabaña de Pete, siguiendo un camino paralelo a la carretera.

Eligió la parte donde se estaba construyendo el muro y sacó la pistola.

Llegó hasta la pared, sin que hubiese ocurrido nada.

Cuando asomó la cabeza por la esquina, vio que en el porche no había nadie.

Se deslizó por debajo de la baranda, ya que había espacio suficiente para dar paso a su cuerpo. Luego, se movió sigilosamente hasta llegar junto a la puerta. Abrió de golpe y se metió dentro.

Pete Williams estaba tendido en un diván, junto a una chimenea apagada. El rifle estaba en el suelo y trató de alcanzarlo.

—No, Pete, no hagas eso.

Pete se sentó en el diván, escupiendo una sonrisa por los labios.

—No ha debido volver, sabueso.

Jim pegó una patada a la puerta, cerrándola, y se acercó al diván.

—Pete, todo lo que te dije antes fue verdad.

—Váyase al infierno con su verdad.

—Te diré lo que vamos a hacer. Regresaremos a Los Ángeles.

—Dígame que tiene dos nenas estupendas esperándonos y ya puede contar conmigo.

—Iremos a la policía y tú confesarás.

Pete frunció el ceño.

—¿Qué es lo que tengo que confesar?

—Repetirás a ellos lo que me vas a decir ahora. Quiero saber quién te pagó, y cuánto, a cambio de tu testimonio contra la señora Madden.

—Nadie me pagó. Yo vi a la señora Madden entrar en la casa, poco antes de que sonasen los estampidos y también la vi antes.

—Eso es falso, Pete.

—Es la pura verdad.

—No, Pete. No lo es. Debiste cobrar una buena cantidad, pero ya no volverás a recibir un centavo. Ahora lo que ellos quieren darte es plomo.

—No va a conseguir de mí nada.

—Estoy seguro de que sí, pero quisiera que declarases espontáneamente.

—Váyase a meter el hocico donde comen los cerdos.

Jim dejó ir la izquierda. Lo hizo con bastante fuerza.

Pete recibió el puñetazo en el pómulo y dio una vuelta de campana, cayendo por el otro lado del diván.

Se levantó hecho una furia.

—¿No le da vergüenza, pegar con una pistola en la mano?

Jim guardó el arma en el bolsillo.

—Es muy valiente —sonrió Pete, y se lanzó sobre Jim.

Crowley le detuvo, golpeándole en el plexo solar. No quería prolongar aquella pelea. Tenía mucha prisa.

Soltó un derechazo en el hígado de Williams y enseguida le cazó con la zurda.

Pete rodó por el suelo, como una pelota, estrellándose contra la pared.

Quedó medio aturdido.

Jim se acercó al mueble bar y sacó una botella de *whisky*. Se puso de cuclillas ante Pete y le hizo beber.

Williams soltó un bufido espolvoreando el *whisky*.

—¡Maldito sea…! Usted quiere ahogarme.

Jim dejó la botella a un lado y cogió a Pete por el cuello.

—Cuéntamelo todo, Pete.

—No puedo.

Jim le golpeó la cabeza contra la pared.

—Anímate, muchacho, o será peor para ti. ¿Quieres que te deje sin dientes?

—¿Cuál es la condena por perjurio?

—En las presentes circunstancias, no te pasará nada. Te amenazaron para que dijeses lo que debías decir. Los fiscales acostumbran a hacer tratos con los buenos muchachos que les echan una mano. Es lo que harán contigo. El fiscal que se encargue de este caso te tratará a cuerpo de rey, de modo que puedes hablar sin ningún temor. Tus enemigos no son los polis, sino los hombres

que intentas proteger.

—Hablaré, pero suélteme, me hace daño.

Jim lo dejó libre.

Los dos se levantaron y Pete fue hacia el diván.

Jim se le adelantó y soltó una patada al rifle, enviándolo a cuatro yardas de distancia.

Pete se dejó caer en el diván y Jim permaneció en pie, enfrente.

—Usted tiene razón, Crowley. Me pagaron.

—¿Cuánto?

—Siete mil dólares.

—¿Quién te pagó?

—Floyd McAdam.

—¿Quién es Floyd McAdam?

—Me dijo que trabajaba para un personaje importante.

—Descríbelo.

—Unos treinta años, alto, moreno, cejas espesas, sienes y mejillas hundidas… Cuando sonríe, dobla ligeramente la comisura izquierda de la boca. Su piel tiene el color de la arcilla seca.

—Te fijaste muy bien.

—Soy pintor.

—¿Dónde se celebró la entrevista?

—En el bar Elsinore, de la calle Orange.

—¿Cuándo?

—Un día antes de que mataran a Jerry Chapell.

—¿Me vas a hacer creer que estabas en el bar y que, de pronto, Floyd McAdam se acercó para que participases en un crimen?

—No, no fue así. Primero, me hicieron una llamada telefónica a casa. Era un hombre y dijo ser Floyd McAdam. Tenía que hablar conmigo acerca de un buen negocio. Iba a ganar mucho dinero, pero debía ser discreto. Me citó, para una hora más tarde, en el bar Elsinore. Cuando llegamos allí, me contó lo que iba a pasar al día siguiente, en la casa de al lado.

Williams se apretó, nerviosamente los dedos.

—Mi primer impulso fue negarme. Así se lo dije… No quería intervenir en aquello. Entonces, Floyd me dijo que ya estaba metido y que, si me echaba atrás, me pesaría mucho. Supe lo que quería decir. Floyd me mataría. No tuve más remedio que acceder.

—¿Cuándo te pagaron?

—En aquel mismo momento. Floyd llevaba los siete mil dólares en billetes de a cien. Me dijo lo que tenía que declarar a la policía. Yo había visto entrar a aquella mujer dos veces, con anterioridad al crimen.

—¿Has vuelto a ver a Floyd McAdam?

—No, pero no pude quedarme en mi casa. De pronto me di cuenta de que había prestado un servicio a aquellos fulanos, pero, si las cosas se ponían feas para ellos, al primer tipo que matarían sería a mí. Empecé a sentir miedo y me largué… Me di cuenta de que me seguían y eso me llenó de pánico. Logré despistarlos y fui al hotel Big Lake, pero luego pensé que no tardarían en dar conmigo. Escapé casi de milagro, descolgándome por la ventana y una canal de desagüe… No tenía adónde ir, salvo dos sitios, el apartamento de Maudie y esta cabaña. Elegí en primer lugar el apartamento de Maudie, pero después me dije que tampoco eso serviría de nada y decidí llegarme aquí. Tan sólo pensaba permanecer unas horas. Había llenado el tanque de gasolina y pensaba dirigirme hacia el Norte… Es lo que haré ahora.

—No, Pete, ya te lo dije antes. Tú y yo volvemos a Los Ángeles.

—No puede obligarme a ir a Los Ángeles. Usted sabe que me matarán.

—No te queda otro remedio que rectificar el mal que hiciste. Tuviste noticias de un crimen y no lo denunciaste a la policía.

—Me habrían asesinado.

—Los polis te habrían dado protección.

—Me río yo de esa protección. Esa gentuza llega a todas partes.

—Tú eres un testigo especial, Pete. No te pasará nada. Tu declaración servirá para incriminar a Floyd McAdam y él nos conducirá al personaje principal.

—No sé quién es.

—Yo sí lo sé.

Pete Williams se ponía más nervioso cada vez.

—Oiga, Crowley, le haré la confesión por escrito, la firmaré y usted podrá llevársela.

—No sirve, Pete. Hiciste una declaración verbal contra la señora Madden y no estás impedido ni enfermo. Tu confesión ha de ser verbal, ante los mismos polis que oyeron el testimonio anterior.

En aquel momento, se abrió la puerta de golpe.

Jim se arrojó instintivamente al suelo.

Una pistola arrojó plomo, desde el hueco, hacia el interior de la cabaña.

CAPÍTULO XII

Crowley sintió el zumbido de una bala, junto a su oreja.

Otras dos repiquetearon muy cerca de su costado derecho.

Un aullido rasgó el aire.

Crowley se puso a disparar como un loco, de bruces en el suelo.

El tipo que estaba en el hueco salió escupido, como si hubiese recibido el topetazo de una res.

Se derrumbó en el porche.

Crowley vio cómo se levantaba y apretó otra vez el gatillo.

Esta vez, la bala se metió por las narices del fulano, que se tumbó definitivamente.

Jim corrió al lado de Williams, que estaba inmóvil.

Hizo una mueca, al verle el pecho con dos agujeros.

No, Pete Williams no haría jamás una confesión escrita ni verbal. Estaba muerto. En sus ojos mostraba el espanto que sintió, cuando vio aparecer al asesino.

Jim le cerró los párpados y salió de la cabaña.

Se detuvo ante el verdugo, cuyo rostro era una máscara sangrienta, pero también tenía otras heridas, dos en el estómago y una en el pecho.

Gary llegó renqueando.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado?

—Mataron a Pete Williams.

—¿Y ese otro?

—Es el asesino. Yo le di el pasaporte.

—¡Infiernos! Se ha metido usted en un buen jaleo… Cuando lo sepa el ayudante del *sheriff*, le buscará los tres pies al gato, aunque usted exhiba su credencial de detective privado.

—No voy a dar cuenta de esto a ningún ayudante del *sheriff*,

Gary. He de regresar cuanto antes a Los Ángeles. Llévеme a la ciudad. Allí me está esperando una chica.

—Como quiera, Jim; pero ¿qué quiere que diga, cuando me interroguen?

—La verdad. ¿Cuánto tiempo cree que tardarán en descubrir estos dos cadáveres?

—Quizá ocurra esta tarde o, todo lo más, mañana.

—Entonces, tendré tiempo para llegar a Los Ángeles.

—Yo diría que puede contar con veinticuatro horas de ventaja.

—Serán suficientes. —Hizo una pausa y agregó para sí—: Al menos, así lo espero.

Gary sacó el máximo partido del viejo motor del coche.

Estacionaron en el mismo lugar de donde habían partido, en la calle Mayor.

Jim sacó del bolsillo dos billetes de cincuenta dólares, que alargó al viejo.

—Sólo eran diez, y no tengo cambio.

—Es para usted. Todo completo.

—Eh, no puedo admitirlo. Le dije diez dólares.

—Oiga, Gary, no sea quisquilloso. No le agrego los noventa por su silencio. Usted expuso su vida, sin saberlo. Si el asesino hubiese acabado conmigo, no habría tenido piedad con usted.

Gary aceptó el dinero y sonrió.

—Usted merece que le salgan bien las cosas. Parece un buen muchacho.

—Gracias, Gary; pero con ser bueno no basta.

Hizo un saludo con la mano y se dirigió hacia el Palomar.

El coche de Mónica estaba en la calle, quemándose al sol.

Jim entró en el local y respiró aire fresco.

Mónica estaba sentada a una mesa del fondo. Tenía ante sí algunos platos vacíos.

—Me comí dos almuerzos, Jim; di una vuelta por el pueblo, tratando de encontrarte, y luego volví aquí, despaché un martini y fumé cinco cigarrillos.

Jim la tomó por el brazo.

—Vámonos.

—¿Ya diste con Pete Williams?

—Cállate y entremos en el coche.

Apenas salieron de la ciudad, Mónica notó que Jim estaba muy pensativo.

—Parece que las cosas no salieren como tú esperabas.

—No, no salieron.

—¿Por qué no me lo cuentas todo? Sólo me dijiste que veníamos aquí en busca de ese hombre.

—Está bien. Te lo contaré por si me matan. En tal caso repetirás la historia, al teniente Max Fincher, de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles… ¿De acuerdo, Mónica?

—Sí, Jim.

A continuación, Crowley hizo un relato de cuanto le había acontecido desde que llegó a Los Ángeles llamado por su antiguo amigo Ronald Madden. Cuando hubo terminado, Mónica preguntó:

—¿Qué es lo que piensas hacer, Jim?

—Atraparé a Floyd McAdam.

—Suponiendo que llegues hasta Floyd McAdam, quizá lo maten también a él y, ¿qué harás luego…? Se me ocurre una idea mejor.

—¿Cuál?

—Cuenta tú mismo la historia a ese teniente Fincher.

—No, Mónica. No serviría.

—¿Y por qué crees que serviría si se lo cuento yo?

—Porque estaré muerto y eso será una prueba para el teniente de que lo que te relaté es cierto.

—Piensas que te van a matar…

—No. Nunca se puede estar seguro de eso.

La joven guardó silencio.

Jim sentía el aguijón del hambre, pero no quería detenerse muy cerca de Salton Sea.

Lo hicieron en una estación de servicio de San Jacinto y, mientras llenaban el depósito de gasolina, se metieron en el bar.

Jim despachó un menú abundante, pero Mónica sólo bebió café.

Por último, reanudaron el viaje.

Estaba anocheciendo, cuando llegaron a Los Ángeles.

—¿Dónde vives, Mónica? —preguntó Jim.

—Calle Florence, 354, apartamento
3-B.

—Muy bien. Te haré una visita en cuanto pueda.

—Quiero que me acompañes allí.

—No puedo.

—Necesitas dormir, Jim.

—Ya lo haré; cuando haya terminado.

—No puedes buscar a Floyd McAdam en ese estado. Necesitas encontrarte con energías.

Jim alargó la mano y movió el volante para que el coche se acercase al bordillo de la acera.

—Frena ya.

Mónica así lo hizo.

—Jim —dijo la joven—. Hay mucho tiempo por delante, sabes que soy razonable… En casa tengo dos dormitorios. Mi prima Anne se marchó de vacaciones por una semana.

Jim le pellizcó la barbilla.

—Te agradezco todo eso, Mónica, pero no puedo demorar mi trabajo. Hasta la vista.

La besó en la boca y salió del coche.

No dio ninguna orden a Mónica para que se alejase. Dobló por la próxima esquina a grandes, zancadas por la acera.

Hizo una señal a un taxi y, cuando estuvo dentro, le dijo al conductor que le llevase al bulevar La Brea.

Miró varias veces por la ventanilla para asegurarse de que Mónica no le seguía.

Al llegar a La Brea, pagó la carrera y siguió andando junto a la verja del parque McArthur, hasta la esquina de la avenida Western. Entró en un bar que respondía al nombre de San Marino.

En el local había una docena de clientes, distribuidos entre el mostrador y las mesas.

Pidió un *whisky* a un mozo de nariz aguileña.

—Busco a Monk Sander —le dijo.

—Todavía no llegó, pero no debe tardar.

—Avíseme cuando se presente —dijo Jim, y le pasó dos billetes de a dólar.

Jim bebió su *whisky*, pidió otro y fumó hasta dos cigarrillos. Estaba encendiendo el tercero, cuando el mozo de la nariz aguileña le hizo una señal.

Crowley vio entrar a un hombre de unos cincuenta años, robusto, de cabello rasposo. Justamente vino a situarse cerca de él.

—Monk…

El otro le prestó atención con ojos parpadeantes.

—Soy tu colega Jim Crowley, de Miami.

—¡Infiernos! Crowley… Claro que sí… Ahora recuerdo las fotografías que vi en un diario.

Se estrecharon la mano y Jim dijo:

—Hiciste un buen trabajo para mí en el caso Sullivan. Tus informes sirvieron para condenar al culpable.

—¿Cómo te llegaste aquí y no pasaste por mi oficina?

—Era demasiado tarde y recordé que durante el caso Sullivan me dijiste que debía llamarte al bar San Marino.

—¿Qué te ha traído por Los Ángeles, Crowley?

—El caso Jerry Chapell.

Monk lanzó un silbido.

—No sé si echar a correr. Eso es un volcán… Huelo el azufre a cien millas de distancia.

—No te voy a mezclar, Monk. Sólo necesito que me eches una mano para encontrar a un tipo. Su nombre es Floyd McAdam, treinta años, alto, moreno, cejas espesas, sienes y mejillas hundidas… Cuando sonríe dobla ligeramente la comisura izquierda de la boca… Su piel es del color de la arcilla seca.

—No he visto a un tipo así en mi vida. Pero quizá te lo pueda encontrar.

—Ha de ser ahora.

Monk se rascó una patilla.

—Está bien. Espera.

Se fue a la cabina telefónica, donde permaneció diez minutos. Por último, regresó al mostrador.

—No he dado con el paradero de Floyd, pero conozco el de su amiga. Su nombre es Ellen Blank, bulevar Redondo Beach, 1374, apartamento 42.

Jim sacó unos billetes, que metió en el bolsillo de su colega.

—Gracias, Monk. Estamos a la recíproca.

Poco después, se introdujo en un taxi y dio orden al conductor de que lo llevase al bulevar Redondo Beach.

El 1374 era un moderno edificio de apartamentos.

Jim se encontró en un largo vestíbulo, a cuya derecha e izquierda crecían plantas tropicales.

—¿Dónde va? —preguntó el encargado.

Era un hombre de aspecto fiero, ojos de águila, hocico de lobo y pies de elefante.

—Traigo un recado urgente para la señorita Blank. Me regalaron diez dólares, de modo que puedo darle la mitad.

Enseñó un billete de cinco dólares y el encargado lo guardó sin rechistar.

—Cuarta planta —dijo, cuando ya Jim se había puesto en marcha hacia el ascensor.

Jim subió a la cuarta planta y hundió los pies en una gruesa alfombra que cubría el piso.

Apretó el timbre del apartamento 42 y, al poco rato, le abrió una rubia de escalofriante hermosura que se cubría con blusa roja y *shorts*. Sus piernas esbeltas estaban maravillosamente formadas.

—Hola, Ellen.

—¿Me conoce?

—Desde que éramos niños. Yo soy Jim el Pecas.

La joven pestañeó incrédula; pero, mientras vacilaba, Jim se introdujo en el apartamento.

La rubia cerró y se volvió hacia Jim, que ya había ganado el centro de la estancia.

—¿Dónde nos conocimos, Pecas?

—En el pueblo.

—¿Qué pueblo?

—Unionville.

—Nunca estuve en Unionville.

—¡Demonios! Según leí el otro día, hay un centenar de pueblos, en nuestro país, con ese nombre.

—Sin embargo, no acertó. —La rubia cruzó los brazos—. Es usted un descarado. Se coló aquí por las buenas.

Jim ocupó un sillón y cruzó las piernas.

—Ya que somos amigos, te aceptaría un *whisky*.

—¿A qué vino aquí? Dígalo pronto y sin rodeos.

—Quiero hablar con tu novio.

—El no está.

—Muy bien, pero tú me vas a hacer un favor. Le harás una llamada telefónica.

—¿Por qué he de hacerlo? Floyd me lo tiene prohibido. Una vez se me ocurrió llamarle por la mañana, desobedeciendo su orden, y

me puso un ojo negro.

—Conque así las gasta, ¿eh?

Jim sacó su fajo de billetes y puso cincuenta dólares sobre la mesa, al lado del teléfono.

—Son tuyos…

La rubia se acercó y alargó la mano para coger el dinero, pero Jim la sujetó por la muñeca, cuando ya se había apoderado de les billetes.

—Le tienes que decir a Floyd que Pete Williams te ha hecho una llamada destinada a él. Pide dos mil dólares extra.

—¿Sólo eso?

—Nada más, nena.

—¿Crees que estoy loca…? Si yo hiciese esa clase de llamada a Floyd, me rompería dos costillas, o quizá fuesen tres.

—No te romperá ninguna. —Jim sacó una pistola.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada; pero servirá para que tú quedes muy bien con Floyd. Te coaccioné con esto y no tuviste más remedio que hacerlo.

—¿Es que vas a matar a Floyd?

—Te aseguro que no le mataré… Me interesa mucho que continúe viviendo.

Ellen dejó los billetes sobre la mesa y descolgó el teléfono. Marcó un número en el dial y esperó.

—Floyd…, soy yo… Sí, ya, sé cuáles son tus órdenes, pero no he tenido más remedio que llamarte… Un tipo a quien no conozco, y que se llama Pete Williams, me envió un recado telefónico… Vendrá aquí dentro de media hora. Quiere dos mil dólares extra… Yo no sé nada. Me limito a repetir lo que él dijo… Pensé que podría ser importante para ti.

La joven miró el micro.

—¿Qué pasa? —inquirió Jim.

—Ha colgado.

—¿No ha dicho si vendrá?

—No, no lo ha dicho.

—Bueno, ahora estoy dispuesto a aceptarte el *whisky*.

La joven se llevó los billetes a la cocina.

Jim fue tras ella.

Ellen sirvió *whisky* en dos vasos y se reservó uno.

—De modo que tú eres ese detective privado…

—¿Me conoces, nena?

—Floyd habló pestes de un tipo de Miami, de un sabueso que se dejó caer por aquí… Anoche se pasó una hora maldiciendo contra ti…

—¿Y qué más dijo de mí?

—Que irías al osario antes de que llegase el nuevo día.

—Llegó el nuevo día y fueron otros los que se largaron al osario. ¿Qué sabes de los negocios de Floyd?

—Bien poco. Es muy reservado. Sólo sé que trabaja para uno de los dueños del Randy Star, Ronald Madden.

—¿Conoces a Ronald Madden?

—Una vez le vi de lejos, pero no me preguntes nada de él. Floyd sólo sabe hablar de sí mismo, es un tipo muy engreído. En cuanto le llevas la contraria, ya está sacudiendo.

La rubia se tocó la cadera.

—A veces me deja marcas que me duran varios días. Por eso te estoy ayudando. No creas que es sólo por los cincuenta dólares… Odio a Floyd.

—¿Y por qué estás con él?

—Tú ya sabes por qué. Si pretendiese dejarlo, me acuchillaría la cara y yo, sin mi cara, no sería nadie.

—Nena, ¿puedes darme algo de comer?

—Eres un tipo muy tranquilo.

—¿Por qué te extraña?

—Si se la pretendes jugar a Floyd, tendrás que andarte muy listo. Nunca he conocido a un hombre más peligroso que él.

—Gracias por el aviso, rubia; pero ya imaginaba que sería un bicho de cuidado.

Ellen Blank le dirigió una sonrisa y se dedicó a prepararle un menú, a base de latas de conserva.

Jim lo despachó todo con apetito.

Estaba bebiendo una taza de café, cuando oyó que la puerta se abría.

La joven murmuró:

—Ya está ahí.

—Ve a su encuentro, como si no ocurriese nada.

La rubia dio una cabezada de asentimiento y salió de la cocina.

Poco después, Jim oyó su voz:

—Hola, querido.

—¿Dónde está ese Pete Williams?

—Salió un momento a comprar tabaco. Dijo que volvería enseguida.

El hombre soltó una risita.

—Tengo ganas de echármelo a la cara.

—¿Traes los dos mil dólares?

—Ese tipo no va a cobrar ningún dinero. En el infierno no se necesitan los dólares para nada.

Éste fue el momento que Jim Crowley eligió para salir al *living*.

—¿Qué tal, Floyd?

Floyd estaba de espaldas y se volvió bruscamente. Arrugó el entrecejo, observando al hombre que tenía enfrente.

—Eh, usted no es Pete Williams.

—No, no lo soy.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? Éste es el apartamento de mi chica.

—Oh, sí, Floyd, tú eres un chico muy atento con las damas. Les pagas el alquiler del apartamento, la comida y, de vez en cuando, para que se sientan agradecidas, las llenas de verdugones.

—Quizá hoy no sea ella la que cobre… Ya sé quién es usted. El tipo entrometido que se llegó desde Miami, Jim Crowley.

—Bravo, Floyd. Tu ingenio es muy agudo.

—Le voy a sacar los dientes.

Floyd se encaminó hacia Jim, con los puños levantados.

Jim blocó el puñetazo que su rival le dirigió y, en la siguiente fracción de segundo, le conectó la zurda en el maxilar inferior.

Floyd se derrumbó en el suelo, lanzando un grito.

Trató de meter la mano en la axila, pero Jim le había seguido y le pegó un puntapié en el brazo.

Floyd aulló otra vez y ahora quiso atrapar la pierna de Jim, pero éste le disparó un terrible derechazo al pómulo.

La cabeza de Floyd golpeó contra una silla, pero no perdió el conocimiento.

Jim llegó ante él, y le levantó la cabeza con una mano.

—Floyd, vas a saber lo que quiero de ti… Compraste a Pete Williams, para que acusase a la señora Madden. Sólo hiciste que

obedecer las órdenes de tu jefe, Ronald Madden. Todo eso es lo que vas a decir a la policía. ¿De acuerdo, muchacho?

—¡Váyase al infierno! —repuso Floyd, al tiempo que disparaba la izquierda.

Jim dobló la cara, pero los nudillos de Floyd le abrasaron la piel del cuello.

Floyd quiso aprovechar su ventaja y se arrojó hacia adelante golpeando con la cabeza en el estómago de Crowley.

Los dos se vinieron abajo.

—¡Maldita sea! —gritó Floyd—. Te voy a hacer la trepanación.

Intentó sacar de nuevo la pistola, pero Jim le disparó la puntera del pie y le cazó en la sien.

Floyd es fue hacia atrás exhalando un suspiro.

Jim se levantó y miró a su contrincante. Había perdido el sentido.

La rubia dijo:

—Menos mal que has ganado, Jim.

—Yo no tuve ninguna duda de eso.

Crowley se agachó sobre Floyd y le despojó de la pistola, que guardó en su bolsillo.

—Trae una toalla mojada, nena.

La rubia invirtió muy poco tiempo en traer la toalla y, con ayuda de ésta, Jim hizo recuperar el conocimiento a Floyd.

—Bueno, Floyd, ya terminamos la primera sesión.

—¡Cerdo!

Jim le pegó en la boca.

—Si no tienes bastante, avisa.

—¿Qué quiere de mí?

—Levántate. Nos vamos a la policía.

—No sea estúpido. Con eso no adelantará nada.

—Ya lo veremos.

—Ronald Madden le dará el dinero ave quiera, si colabora con él.

Jim emitió una risita.

—Ronald Madden ya ha dejado de interesarme, como cliente.

—Qué lástima para usted.

Floyd se levantó. Le manaba sangre del pómulo y la boca y tenía un ojo que se le ennegrecía muy aprisa. Miró aviesamente a la

rubia.

—De esto me voy a acordar, Ellen.

—La obligué a que te llamase —repuso Jim—. Aunque debo aclararte que no podrás vengarte de nadie —le soltó un empellón hacia la puerta—. Hasta la vista, Ellen.

La rubia le dirigió una mirada y una sonrisa. Jim comprendió el significado de todo ello. Le estaba invitando a que volviese al apartamento, pero recordó a Mónica y se dijo que nunca pondría los pies allí.

Salió con su prisionero y caminaron hacia el ascensor.

Jim apretó el botón de llamada y, cuando llegó la jaula, empujó otra vez a Floyd.

Descendieron en silencio.

Al llegar abajo, las puertas se abrieron bruscamente desde fuera.

Jim se quedó quieto, al ver al hombre que le estaba apuntando con un revólver; un fulano cuya cara parecía haber sido hecha a martillazos, porque estaba muy aplastada.

—Tardaste mucho, pajarito —le dijo.

Floyd se volvió hacia Jim y le pegó un rodillazo en la ingle.

Jim empezó a derrumbarse en el rincón, pero, antes de que tocase con las rodillas el suelo, Floyd le incrusté el puño entre los dos ojos.

—Cuidado, Floyd —dijo el tipo de la cara aplastada—. El jefe lo quiere entero.

Gracias a eso, Jim no fue castigado otra vez por Floyd.

—Ponte en pie, bastardo.

Jim comenzó, a enderezarse y movió la mano hacia el bolsillo donde tenía la pistola, pero Floyd le golpeé en el vientre, con todas sus fuerzas.

Jim hizo rechinar los dientes y Floyd, con toda tranquilidad, le desarmó.

—Sal fuera, muchacho. Vamos a hacer un viaje. Y para que te enteres de una vez, ya estás listo.

CAPÍTULO XIII

Viajaron hacia Venice.

Crowley tenía a la derecha a Floyd y, a la izquierda, al tipo de la cara aplastada, que resultó llamarse Frank Evans.

Manejaba el volante un rubio, que respondía al nombre de Leo.

Cerca del mar, abandonaron la carretera principal y siguieron por un camino asfaltado.

Al llegar ante un portón, el rubio Leo hizo sonar dos veces el claxon.

Abrieron enseguida y el coche continuó su camino a través de un jardín, hacia una casa que se veía al fondo y cuyas ventanas del piso bajo estaban iluminadas.

Floyd hizo descender a Jim clavándole el cañón de la pistola en el costado.

Un tipo de largas patillas abrió la puerta.

—El señor Madden está en la biblioteca.

Pero Ronald Madden no se encontraba solo.

Después de entrar en la biblioteca, Crowley dedicó su atención a una pelirroja de cuerpo escultural, que bebía un martini sentada en el brazo de un sillón. Se cubría con un vestido de noche negro, muy escotado, y sus ojos eran grandes y del color de la esmeralda.

Ronald Madden estaba sentado tras de una mesa. Parecía un tótem esculpido, tal era su quietud.

Crowley avanzó unos pasos.

—Hola, Ronald.

Madden esbozó una sonrisa.

—Llegaste muy lejos, Jim.

—Todo lo que pude. Un descuido, por tu parte, y te la habría jugado.

—Pero no tuve ningún descuido. Tu último truco resultó muy malo. Yo estaba con Floyd, cuando recibió la llamada de su nena. Pete Williams no podía pedirle dos mil dólares, por la sencilla razón de que estaba muerto. Apenas hacía unos minutos que me lo habían comunicado desde Salton Sea. Sólo tuve que sumar dos y dos, para llegar a la conclusión de que tú estarías en el apartamento de mi buen amigo Floyd, esperándole. No le quise decir nada a Floyd, para que todo fuese más real; pero decidí tomar precauciones, porque ya era hora de que nos viésemos de nuevo. Habrías hecho un buen negocio capturando a Floyd, porque fue él quien mató a Jerry Chapell.

—Enhorabuena, Ronald. Eres un tipo con mucho cerebro.

—Ese halago, viniendo de ti, me conmueve.

—Ya veo que has sustituido a Hilda.

—Oh, perdona, no te he presentado; ella es Abby Sturner… Abby, éste es el gran Jim Crowley.

La pelirroja dobló la cabeza y sonrió.

—Es un chico con una gran fachada.

—Ahí donde le ves, él y yo nos llevábamos de calle a todas las italianas de Nápoles… ¿Eh, Jim? ¿Te acuerdas, cuando se la pegamos al sargento Smith…? Le quitamos la novia, Abby, ¿y qué crees que ocurrió luego…? —Ronald lanzó una risotada—. Jim y yo nos la jugamos a los dados. Qué tiempos aquéllos, ¿verdad, Jim?

—Sí, fueron buenos.

—Podrían haber sido igual ahora. —Ronald Madden borró, poco a poco, la sonrisa de su cara—. Pero tú no lo has querido. Preferiste luchar contra mí… ¿Qué clase de víbora eres, Jim?

—¿Por qué por una vez no dejas de ser cínico, Ronald? Estás contra la ley, o contra la justicia, que es mucho peor. Nunca debiste esperar una colaboración de mí.

—Deja ya de decir sandeces… Tú no puedes comprenderme, Jim… Soy un tipo que está lanzado hacia arriba… Y no consiento que nadie se interponga en mi camino… Fíjate en todas las personas que trataron de obstaculizarme… ¿Qué ha sido de ellas…?

—Jerry Chapell está muerto y tu mujer en la cárcel.

—Hay otros tipos.

—Oh, sí, el camarero que consintió en envenenarte, por los cinco mil dólares que le entregó tu mujer…

—¿Sabes dónde está ése?

—No soy adivino.

—Descansa muy cerca de aquí, en la pequeña bahía que hay a la derecha, a unas cien yardas. Está en el fondo del mar con una piedra al cuello… Así han acabado todos.

—Te olvidas de uno, Ronald.

—¿De quién?

—Prescott York, el muchacho que enamoró a tu mujer.

—Oh, sí, el bastardo que quiso matarme.

—¿Dónde le enterraste a él?

—Está vivo.

—¿Vas a decir que se te escapó de las manos?

—No, Jim. Lo tengo conmigo aquí, en esta casa, y como te digo, se encuentra vivo, aunque él quisiera estar muerto.

—Ya entiendo; te estás vengando bien de Prescott York.

—Sí, Jim… Y quiero que lo veas…

—No tengo interés.

—¡Quiero que lo veas! —gritó Ronald.

—Corriente, Ronald. Le veré.

—Traed a Crowley, muchachos. Y tú, pelirroja, espera aquí.

—Lo que tú mandes, Ronald —dijo Abby.

Salieron por una puerta que había al fondo, disimulada en la pared, y caminaron por un largo corredor.

Bajaron, por una escalera de piedra, a un sótano, de cuyo techo pendía una lámpara que arrojaba una luz mortecina.

Dos hombres, en mangas de camisa, estaban sentados ante una mesa sobre la que descansaba un tocadiscos. Junto a la pared, un hombre yacía tendido de bruces. Sus ropas estaban hechas jirones. Le habían propinado muchos latigazos.

—¿Qué infiernos pasa? —dijo Ronald.

Los dos hombres se levantaron. El más grueso carraspeó.

—El tipo no puede más, señor Madden.

—¡Maldita sea! ¿Cómo queréis que os de las órdenes…? Dije que tenía que seguir bailando… Dale un poco de agua y reanímalo, Pat.

Pat, el más delgado, alcanzó una jarra de barro y arrojó un chorro de agua sobre la cabeza del hombre que yacía en la paja.

—Adelante, Chris —dijo Ronald—. Pon en marcha ese condenado disco.

Prescott York empezó a levantarse.

Chris alcanzó un látigo que estaba sobre la mesa y lo hizo restallar sobre las espaldas de la víctima. Inmediatamente, Prescott imprimió a su cuerpo movimientos para seguir el ritmo de la pieza; pero no lo conseguía, porque había agotado sus fuerzas.

Ronald se echó a reír.

—Anda, Prescott, baila tu pieza favorita… ¿No lo oyes…? Tú ibas a ser mi asesino… Ahí tienes el *twist* que tú mismo elegiste. Es un hermoso título… Hoy me he enamorado de una viuda… ¡Baila, maldito…! ¡No te pares…!

Pero Prescott no podía apenas moverse.

Ronald se lanzó sobre Pat y le quitó el látigo de la mano. Su cara reflejaba un gran sadismo.

Levantó el brazo para descargar la tira de cuero sobre Prescott y Jim dio un paso hacia él, para impedir el castigo; pero, en aquel momento, Floyd le clavó la pistola en la espina dorsal.

—Estate quieto, chico. Esto no va contigo.

Ronald azotó dos veces a Prescott. Eso pareció despertarlo. Se puso a bailar con más ritmo que antes.

—¡Muy bien, muchacho! —gritó Ronald, al tiempo que reía a carcajadas—. Así está mucho mejor… ¡Baila, chico…!

Prescott fue de un lado a otro. Bailaba con las fauces abiertas, los ojos cerrados, chorreándole el sudor por la cara y el cuello.

Finalmente, dio un gemido y se desplomó golpeando la cabeza contra el suelo.

Ronald fue a castigarle otra vez.

—Se ha desmayado —dijo Jim—. Y esta vez no podrás levantarlo con tus latigazos.

Ronald le miró, con ojos llenos de ira.

—¿Lo has visto, Jim…? Así es como yo trato a la gente que me traiciona… Anda, Chris, dile a mi amigo Crowley cuántas veces ha bailado Prescott esa pieza…

—He perdido la cuenta, pero deben ser un centenar… Hemos establecido tres turnos, jefe, porque esta música ya nos vuelve locos.

—Quiero que sea sólo Prescott quien se vuelva loco.

—¿Y qué harás entonces con Prescott? —preguntó Jim—. ¿Le enviarás a un hospital de enfermos mentales?

—No, muchacho. Se quedará aquí, también para siempre.

—¿Cuándo acabarás de matar, Ronald?

—Eso no depende de mí.

—Oh, sí, son los otros los culpables, ¿verdad?

—Lo has comprendido muy bien, y ahora me tienes que perdonar, pero mi pelirroja me está esperando.

—Claro, Ronald, me hago cargo… Debes atenderla. La chica es un bombón.

—Te lo tomas con mucha filosofía.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —dijo Jim, y le tiró el puño a la cara.

Ronald no tuvo tiempo de esquivarlo, porque el puño de Jim le llegó como una centella. Recibió el golpe en plenas narices y se fue hacia atrás. Cayó de espaldas, porque no hubo nadie para sostenerlo.

Floyd saltó hacia adelante, con el dedo en el gatillo, apuntando al vientre de Jim.

—Te has ganado una bala en las tripas, Crowley.

Ronald lanzó un rugido. Sus narices habían estallado en sangre. Le chorreaba por la boca, por la barbilla, le manchaba la blanca camisa.

—No dispares, Floyd… Esto se lo voy a hacer pagar… Quiero verle convertido en una piltrafa, ¿lo oyes, Floyd?

—Sí, jefe.

—Es eso lo que vais a hacer con él. —Ronald se puso un pañuelo en las narices. Sus ojos brillaban más intensamente, mientras miraba a la cara de Crowley—. Bueno, Jim, volveré dentro de una hora y, para entonces, quizá me pidas por favor que te mate.

—No ocurrirá, Ronald.

—Te juro que no te mataré hasta que me lo pidas… ¿Lo habéis oído, chicos…? Ha de ponerse de rodillas delante de mí y decirme: «Mátame, Ronald, por favor»… ¿Queda entendido?

Los verdugos hicieron gestos de conformidad.

Luego Ronald emitió una risita y se marchó por la escalera, hacia arriba.

Al llegar a lo alto, se detuvo y volvió la cabeza.

—Te veré luego, Jim.

—No pienso marcharme —repuso Crowley.

—Preferiré los chistes que hagas luego —dijo Ronald, y salió cerrando la puerta tras de sí.

Jim se vio rodeado por los hombres de Ronald.

Floyd guardó la pistola en el bolsillo y tomó del suelo el látigo.

—Tengo prioridad, muchachos —dijo—. Crowley me debe algo.

Jim sabía que, si le castigaban como a Prescott, no tendría ninguna probabilidad para escapar. Era ahora cuando debía poner en juego sus recursos.

Aquellos fulanos estaban muy confiados, porque eran cinco, y ninguno de ellos esgrimía la pistola.

Tomó la mesa por el borde más cercano a él, y la levantó, empujándola sobre Floyd y Frank.

Los dos hombres cayeron con la mesa encima.

Sin perder un segundo, Jim saltó sobre Chris que, en mangas de camisa, tenía a la vista la pistolera, bajo la axila izquierda.

Logró atraparlo por el cuello y rodaron por el suelo. Su otra mano sacó rápidamente el arma de la funda.

Pat lanzó un grito y tiró de su pistola con mucha rapidez.

Pero Jim le había tomado ventaja y empezó a apretar el gatillo.

Varias armas hicieron fuego, casi al mismo tiempo.

Un enjambre de insectos de plomo se pusieron en camino en busca de carne que morder.

Las que iban destinadas a Jim encontraron en su camino el cuerpo de Frank.

Crowley sintió cómo el gordo se estremecía, cada vez que era alcanzado por un proyectil.

Todo acabó en muy poco tiempo.

Jim apartó de sí a Frank cuando vio que los otros tipos estaban muertos.

Se acercó a Prescott, el cual continuaba sin sentido. No podía entretenerse con él.

Subió la escalera y abrió la puerta. En el corredor no había nadie.

Irrumpió en la biblioteca. Allí sólo estaba la pelirroja.

—¿Dónde está Ronald, Abby?

—Subió a su dormitorio, para cambiarse.

—¿Cuál es?

Segunda habitación, del piso de arriba.

Jim continuó corriendo, mientras decía:

—No te metas en esto, Abby, y, si quieres un buen consejo, lárgate de aquí.

—Es lo que haré. A la hija de mi madre no le gustan los líos.

Jim abrió la puerta y, en aquel momento, el tipo de las patillas le hizo un disparo desde el vestíbulo.

La bala calentó la cara de Crowley.

Disparó a su vez y el tipo recibió el pildorazo en la cabeza y se derrumbó sin protestar.

Jim corrió hacia la escalera central y saltó los peldaños de dos en dos. Al llegar arriba, se detuvo al oír la voz de Ronald.

—¿Eres tú, Jim?

—Sí, Ronald, aquí me tienes.

—Sigues en forma, ¿eh, muchacho? Te libraste de todos los chicos.

—No tuve más remedio que matar a Floyd, pero le hubiese preferido vivo. El habría confesado contra ti.

—Ahora no tienes ninguna prueba.

—Claro que la tengo. Prescott está vivo. Pero quiero llegar a un acuerdo contigo, Ronald, porque no me gustaría matarte.

—¿Qué acuerdo?

—Te entregarás a la policía. Tú y yo iremos juntos.

—No digas eso, muchacho. Tú y yo hemos de hacer grandes cosas… Tengo mucho dinero, Jim… Serás mí socio… ¿Qué te parece eso…? Bueno, ¿eh?… Otra vez los dos juntos como en el pasado… Nadie nos podrá vencer… Nos convertiremos en los dueños de la costa del Pacífico, pero luego sabrán de nosotros en la del Atlántico… Seremos poderosos, Jim.

De pronto, Ronald apareció por enfrente disparando.

Jim apretó a su vez el gatillo.

Una bala le rozó el brazo y le impulsó por la escalera, dando dos vueltas de campana. Al fin, pudo detenerse y se levantó; pero de arriba ya no hacían fuego. Ronald estaba quieto.

Subió lentamente, sintiendo un ligero dolor en el brazo.

—Jim —oyó decir a Ronald, y se acercó a su antiguo amigo.

Ronald tenía dos balas en el estómago.

—Muchacho, me ganaste.

Jim no dijo nada.

—Bueno —dijo Ronald—. Después de todo, celebro no haberte matado… Siempre fuiste el tipo por el que sentí más simpatía…

Su cara se crispó y exhaló un gemido, quedando completamente inmóvil.

* * *

Jim pulsó, el timbre.

Sólo tuvo que esperar unos segundos. Mónica le abrió la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Te estaba esperando, Jim.

Jim entró y se dejó caer en un sillón.

Pasóse una mano por la frente.

—¿Cómo ha terminado todo? —preguntó Mónica.

—Prescott murió en el hospital, hace un par de horas; pero antes hizo una confesión… Hilda será procesada, por intento de asesinato.

Mónica se acercó a Jim y le pasó una mano por el cabello, acariciándolo con la punta de los dedos.

—Estás cansado, Jim.

—Sí, mucho…

—Sigue estando libre la habitación de mi prima Anna.

Crowley se puso en pie y la rodeó por la cintura.

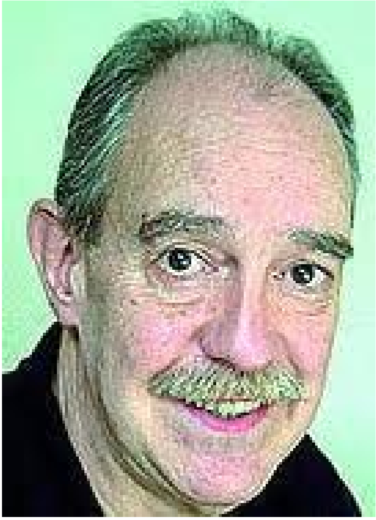
—No puedo quedarme aquí.

—Jim, ¿por qué no?

—Quiero que nos casemos antes…

—Oh, Jim… —exclamó Mónica y, echándole los brazos al cuello, le besó fuertemente en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).